
Obra protegida por derechos de autor


HARLEQUIN

Deseo


El Club
Cattleman


Loca por un hombre
Cindy Gerard

Loca Por Un Hombre

Cindy Gerard

4º Serie Multiautor El Club Cattleman

Loca Por Un Hombre (17.05.2006)
Título Original: Breathless for the Bachelor (2004)
Serie Multiautor: 04 Club Cattleman
Editorial: Harlequín Ibérica.
Sello/Colección: Deseo 1455
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Ry Evans y Carrie Whelan.
Argumento:

Un beso nunca sería suficiente...

Con esa piel cremosa, los ojos seductores y esa deliciosa boca, Carrie Whelan estaba volviéndolo loco a Ry Evans. Pero él sabía que no debía ni acercarse a la hermana pequeña y virginal de su mejor amigo, por muy irresistible que la encontrara. Su misión era cuidarla y protegerla de los ataques de otros hombres. Pero todos los hombres tenían un límite… y Ry encontró el suyo cuando la propia Carrie se dejó llevar por la pasión…

Capítulo 1

—Si me vuelves a llamar presumida, juro que te voy a quebrar todos los huesos del pie.

Sentados en un apartado del Royal Diner, con una ceja alzada, Ryan Evans observó el ceño fruncido de Carrie Whelan. Y le pareció que hablaba en serio. Estaba a punto de exhalar fuego, una llamarada tan ardiente como el color de la brillante, lisa y sedosa melena pelirroja que caía hasta los delicados hombros.

Ryan nunca se había podido resistir a la tentación de gastarle bromas, y por pura tozudez decidió apretar otro botón; pero primero tenía que ponerse a salvo. Así que, tras aclararse la garganta, escondió las piernas bajo el gastado asiento de plástico rojo para impedir que la señorita Whelan, a punto de estallar, no le rompiera los huesos del empeine con el aguzado tacón de su botín de diseño.

—Estás en esos días del mes, ¿no es así, dulzura? —preguntó con la compasión sabia y paternalista de un hombre comprensivo. Cuando ella emitió un gruñido por respuesta, él parpadeó, todo inocencia—. ¿He dicho algo malo?

Ella ladeó la cabeza y lo estudió como si fuera un pedazo de chicle que habría que raspar de la suela de la bota.

—Para un hombre de tan vasta experiencia con las mujeres, dices justo lo peor para impresionar a una dama.

—Así que ahora eres una dama, ¿no es así?

No hacía mucho tiempo que la pequeña Carrie Whelan, la hermana menor de su mejor amigo Travis Whelan, había declarado a quien quisiera oírle que iba a ser un vaquero y que moriría antes de que alguien la viera con otra cosa que no fueran sus tejanos, sus botas y el típico sombrero de Texas.

Bueno, podía dar testimonio de que todavía estaba viva, y muy viva, aunque pocos años antes hubiera cambiado la tela vaquera por la de seda y sus gastadas botas por unos suaves botines italianos. Y también llevaba diversos tipos de sombrero. Gracias a un fondo que Travis había establecido para ella, Carrie no tenía que trabajar, aunque la chica mimada de Royal, Texas, siempre andaba ocupada en algo. Cuando no hacía voluntariado en la Unidad de Quemados del Royalty Hospital o en la Biblioteca, dedicaba muchas horas semanales a un Centro de Día o se ocupaba de recaudar fondos estrujando el bolsillo de ancianos, y no tan ancianos, de buen corazón que solidarizaban con su causa y no se resistían a su sonrisa.

Y, sí. Definitivamente estaba viva, Ry volvió a pensar antes de echar una breve mirada apreciativa a los pechos bien formados que pugnaban contra la seda marfil de la blusa.

Pero se suponía que no tenía que notarlo. Se suponía que no tenía que advertir nada remotamente sensual o femenino en Carrie.

Ry se bajó el ala del sombrero hasta las cejas. El problema era que ella tenía razón en una cosa. Ya no era una chica presumida. Era una mujer hermosa... estupenda con aquellos expresivos ojos garzos, el cuerpo alto y esbelto como un sauce y una boca que hacía que un hombre se preguntara cómo sería sentir la presión de esos labios sobre la piel desnuda.

Desde luego que él no debía formularse esas preguntas. No podía pensar en ella de esa manera. Y se esforzaba enormemente para no hacerlo.

Con el ceño fruncido, volvió la mirada al rostro de la joven, a los ojos gris verdosos y se obligó a retomar su papel de hermano adoptivo.

—¿Por qué estás tan contrariada, osita Carrie?

Carrie le lanzó una mirada furiosa.

—Eres peor que mi hermano —farfulló al tiempo que bebía un sorbo de café cargado de crema—. Vosotros no me tomáis en serio.

Ry se reclinó bruscamente en el asiento en tanto se resistía a la urgencia de confesarle cuán en serio la tomaba, y cuán en serio ella podría alborotarle la mente si no la controlaba con firmeza.

—¿Qué hace Travis?

—Lo de siempre. Me trata como a una niña.

—Él te quiere mucho —dijo suavemente.

Carrie lo miró con esos rutilantes ojos garzos que le hacían pensar en el color de una sutil nube de humo, como aquellas que se desprendían de los rescoldos de un fuego nocturno.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente.

—Bueno, hasta donde recuerdo, te llamé para saber cómo estabas. Entonces dijiste que tenías un día muy largo por delante y me pediste que nos reuniéramos aquí para tomar un café —dijo con cautela porque no quería que ella supiera que, a petición de Travis, desde hacía dos semanas no le quitaba el ojo de encima.

Carrie movió la cabeza de un lado a otro.

—No, no me refiero a que estemos tomando un café en el Royal Diner. Lo que quiero decir es qué diablos hacemos tú y yo aquí. ¡Por amor a Dios!, es sábado y casi de noche. ¿Por qué no estamos fuera de la ciudad junto a nuestros respectivos acompañantes bebiendo champán, en tu caso tu cerveza preferida, con expectativas de una noche ardiente, apasionada...?

—¡Alto ahí! —Ry se enderezó bruscamente—. No quiero discutir mi vida sentimental contigo.

—Por no decir que tampoco quieres discutir la mía.

—Haré como que no he oído lo que acabas de decir —replicó con firmeza—. Porque si lo hubiera oído, tendría que informar a tu hermano, y posiblemente él se sentiría obligado a matar al mensajero, que sería yo, antes de venir a buscarte. Y el Señor se apiade del hombre

que se atreva a tontear con la pequeña hermana de Travis Whelan.

Carrie negó con la cabeza al tiempo que dejaba escapar una risa carente de humor.

—Puedes respirar tranquilo, grandullón. Actualmente no existe la menor posibilidad de que mi hermano mate a alguien. ¿Quieres saber por qué? Porque no tengo vida sentimental.

Ry sintió que la conversación se le escapaba velozmente de las manos.

—Creo que tampoco quiero oír hablar de eso.

—¿Tienes la más remota idea de lo que significa que una mujer de veinticuatro años todavía sea virgen? —preguntó con vehemencia. —

—¿Por qué no lo dices un poco más alto para que todo el mundo se entere? ¿Qué forma de hablar es ésa en boca de una chica formal como tú?

—Ese es el problema. Tal vez no soy una chica formal. Tal vez soy una peligrosa chica aficionada al sexo que enloquezco a los hombres con mi provocativa y seductora...

—¡No! —Ry sacudió la cabeza—. Oh, no, seguro que no estoy oyendo nada de esto.

—¿Qué pasa, Ry? ¿Te estoy poniendo nervioso, tal vez un poco excitado?

Sí. Había logrado excitarlo.

—Verás, lo suficientemente nervioso como para colocarte sobre las rodillas y darte un par de azotes —le advirtió en tanto luchaba por recuperar la cordura.

Carrie lo miró con los ojos entrecerrados y una perversa sonrisa de chica mala antes de tocar la curva sensual del labio superior con la punta de la lengua.

—Oh, eso suena a... perversión sexual.

El corazón dio un brinco en el pecho de Ry.

—Carrie, te lo advierto. Si sigues así yo...

—¿Qué? ¿Irás a contárselo a mi hermano? ¿Me llevarás a casa y me atarás a la pata de la cama que por lo demás, es amplia y tentadora? —dijo en voz demasiado alta.

Ry le imploró con la mirada que hablara más bajo antes de que los otros clientes se enteraran de la conversación.

—Nos vamos —gruñó de improviso.

—No me apetece —Carrie replicó con una mirada furiosa que paseó alrededor antes de fijarla en un apartado situado en un rincón del restaurante. Entonces sus ojos se volvieron felinos mientras buscaba algo dentro del bolso—. Vete tú, porque yo me voy a quedar aquí y me presentaré al recién llegado a la ciudad. Tal vez verá en mí otra cosa que no sea sólo la hermanita de Travis Whelan, y tal vez no tenga que huir para salvar su vida.

Ry la fulminó con la mirada, aunque ella no le prestó la menor atención. Con vista fija en el rincón del local, sacó un lápiz de labios y, sin consultar ningún espejo, se aplicó un brillo rojo cereza con mano experta.

Ry todavía miraba fijamente esa boca, entregado a la fantasía de la marca de esos labios rojos sobre su vientre desnudo, cuando ella se deslizó hacia el extremo del asiento y se puso de pie.

De vuelta de su sueño, siguió la dirección de la mirada femenina y reconoció al hombre sentado a la mesa del rincón. No conocía al nuevo médico que había llegado al Royalty Hospital, aunque alguna vez lo había visto por ahí. De hecho, el doctor Nathan Beldon era la razón por la que Travis le había pedido que no perdiera de vista a Carrie.

—No podría decir nada concreto —Travis había declarado pensativamente con el ceño fruncido la primera vez que había hablado con Ry—, pero hay algo en ese tipo que no me agrada. Quizá es un poco demasiado astuto y demasiado zalamero para mi gusto. Pero, por algún motivo, parece que Carrie ha puesto los ojos en él.

Bueno, Travis y él al menos estaban de acuerdo respecto al doctor, pensó Ry con severidad.

Al ver que Carrie daba un paso en dirección a Beldon, Ry le agarró el brazo y la obligó a sentarse.

—¿Beldon? —preguntó ignorando su protesta de que le soltara la muñeca mientras intentaba convencerse de que esa sensación en el vientre no era una punzada de celos—. ¿Quieres ir a seducir al doctor Beldon?

Ella se quedó inmóvil un segundo y luego le dirigió una mirada considerativa antes de sonreír de un modo nada dulce y tampoco inocente.

—Bueno, no lo había pensado exactamente en esos términos, pero gracias, Ryan. Es una gran idea. Y si tengo suerte, puede que mañana no sea la última virgen de veinticuatro años que queda en Texas.

Ry sabía que no hablaba en serio, pero podía percibir que se sentía lo suficientemente temeraria como para iniciar algo con el doctor que tal vez no supiera cómo concluir.

—Te vas a casa. Esta noche no estás en tus cabales.

Tras buscar en el bolsillo, sacó unos billetes y los puso sobre la mesa. Luego la con dujo hacia la puerta sujetándole el codo con firmeza al tiempo que ignoraba sus pro testas. De paso, sacó del perchero la chaqueta roja de cachemir y la metió entre sus brazos

La furiosa señorita Whelan todavía lo insultaba cuando Ry le puso una mano en la nuca y la escoltó hasta el coche.

—Vete a casa —ordenó en tanto abría la puerta del conductor.

—Vete al infierno —disparó ella con una mirada venenosa.

Ry le colocó las manos sobre el volante.

—Siempre queda esa posibilidad, pero mientras tanto te seguiré para cerciorarme de que conduces en la dirección correcta.

—¡Eres un Neandertal! —exclamó furiosa antes del cerrar de un portazo.

Ry golpeteó el techo del coche con la palma de la mano;

—Y no olvides respetar los límites de velocidad.

Con la mirada fija en la calzada, Carrie arrancó el coche bruscamente.

Ry exhaló una gran bocanada de aire y se dirigió a su vehículo. Luego, apresuradamente se abrió paso entre los coches para no perderla de vista.

Sí, al día siguiente hablaría con Travis. Su amigo bien podía encontrar otro perro guardián para vigilar a su hermana. «Tal vez un eunuco», pensó sin dejar de recordar el modo en que Carrie había encendido sus sentidos. Maldición, era una mujer muy ardiente, muy apetecible y se suponía que él tenía que mirarla como a una hermana pequeña.

No, no era su hermana, aunque sus padres se hubieran hecho cargo de ellos cuando los de Travis y Carrie fallecieron en un accidente de carretera hacía ya catorce años. Todavía recordaba la imagen de Carrie, una niña de sólo diez años, triste y desolada, llorando en sus brazos. Y todavía se le partía el corazón al pensar en su sufrimiento. Pero últimamente y demasiado a menudo, le costaba gran esfuerzo pensar en ella como aquella dulce muchachita que fue casi una hermana para él.

Una cosa, era la relación entre ellos cuando ella tenía diez años y él dieciocho. Al principio de la veintena, Ry ya era un joven que prometía en su carrera y ella, una floreciente jovencita de dieciséis años encaprichada de él. No había permanecido insensible a ese capricho porque se sentía halagado, y por esa razón no le había importado velar por ella cuando iba a Royal, lo que no sucedía muy a menudo ya que había pasado un tiempo en la universidad y luego cinco años de prácticas en las pistas de rodeo.

Pero en la actualidad, bueno, era una historia diferente. Las razones que lo llevaban a no perder de vista a Carrie distaban mucho de ser fraternales, por mucho que él lo intentara.

Con la boca convertida en una dura línea, la siguió hasta State Road. Travis lo mataría si sospechaba que Ry pensaba en Carrie como una mujer apetecible.

Ry vio cómo Carrie se saltaba la luz ámbar del semáforo. Con un elocuente ademán de la mano en su dirección, lo dejó esperando que el semáforo se pusiera en verde.

—Maldición de mujer —murmuró sacudiendo lentamente la cabeza, pero sin dejar de sonreír al ver que los faros traseros del coche desaparecían en medio del tráfico—. Me va a matar.

Una sedosa melena rojiza. Sensuales labios abultados. Pechos firmes y llenos. Largas y esbeltas piernas. Ry tuvo que acomodarse la bragueta de los tejanos como tenía que hacerlo cada vez que la veía últimamente.

Unas cuantas manzanas más lejos, al fin pudo dar alcance al coche de Carrie. Cinco minutos más tarde, la vio salir del vehículo como una tromba y entrar en su casa. Tras unos segundos, observó que se encendían las luces en el interior de la vivienda.

—Me vas a volver loco —murmuró al tiempo que se dirigía al Club de Ganaderos—. Aunque muy a gusto por mi parte.

Necesitaba una copa. Y al día siguiente iría a ver a Travis. Necesitaba mirarlo directo a los ojos y recordar que la mujer que originaba sus fantasías sexuales era la hermana pequeña de su mejor amigo.

La pequeña hermana virgen.

La sangre se agolpó en sus: mejillas y en otras partes del cuerpo que no debían tener ninguna relación con Carrie. Con el corazón acelerado pensó en su inocencia y cómo sería la experiencia de ser el primer hombre que le hiciera el amor.

Ry se frotó el mentón mientras pensaba que el primer hombre no sería él ni nadie si Travis continuaba comportándose corno un hermano excesivamente protector. Ry sabía que tras la muerte de los padres, Travis había tomado la responsabilidad de proteger a su hermana. Habían pasado muchos años pero no había modificado su conducta, y estaba claro que si fuera por Travis, Carrie moriría solterona.

De acuerdo, tendría que dejar de pensar en ella de ese modo. Y al día siguiente debía preparar una excusa para convencer a Travis de que ya no podía seguir pendiente de su hermana.

Capítulo Dos

«¿Qué vas a hacer… llevarme a casa y atarme a la pata de la cama?», Carrie repitió mentalmente sus palabras mientras salía de la ducha y sacaba una toalla verde jade del armario.

¿Realmente se lo había dicho? ¿A Ryan Evans, precisamente?

Con un gemido, sepultó la cara en la suavidad de la toalla. Si sólo hubiera tenido la sensatez de parar a tiempo. Pero no, también tuvo que hablar de una cama amplia y tentadora con la esperanza de ver una chispa de interés en sus ojos.

¿Interés por ella?, pensó con un bufido. Si fuera un caballo, tal vez. O uno de esos veloces todoterreno a los que era tan aficionado. No, Ryan Evans nunca había demostrado interés ni por ella ni por una cama, a menos que fuera para pedirle que se la hiciera, ya que él había estado demasiado ocupado con esos potros cerriles, o cazando chicas por la ciudad.

Tras frotarse el pelo con la toalla, Carrie se miró al espejo con desagrado.

—Cuesta más aprender unas lecciones que otras —refunfuñó en tanto sentía que su rabia se apaciguaba dando paso al cansancio y a la melancolía

Sí, era cierto. Y Ry era una de las peores lecciones.

Con un suspiro, terminó de secarse y luego se puso una loción que olía a salvia, limón y a un aroma ligeramente sensual y profundamente femenino. La había comprado pensando en él.

Sí, era patética, pensó con otro bufido. A decir verdad, ¿qué cosas hacía sin pensar en Ry? Volvió a mirar su afligido rostro en el espejo. «De una vez por todas, ¿qué vas a hacer con él?».

Sinceramente, no lo sabía. Lo había amado desde siempre. Lo había idolatrado; pero él nunca la había visto de otra manera más que como la hermana pequeña, y estaba claro que después de esa noche tampoco lo haría, ya que ni siquiera se había apresurado a aceptar ninguna de las poco sutiles invitaciones que había dejado caer durante el encuentro en el Royal Diner. Sí, estaba claro que nunca la miraría de otro modo.

Carrie se mordió el labio pensativamente y se enfrentó a la inexorable verdad. «Tal vez ha llegado la hora de renunciar».

Después de ponerse un holgado camisón y unos calcetines, fue a la sala de estar con el secador funcionando sobre el pelo mojado y se acomodó en el sofá con las piernas sobre el asiento. Tras cubrirse con una mullida manta de felpa azul marino buscó el mando del televisor. Durante los próximos cinco minutos intentó hacerse a la idea de que era necesario renunciar a la fantasía de él y ella juntos para siempre. Pulsando los botones del mando, intentó pensar en su trabajo en la Unidad de Quemados, en los niños del Centro de Día, cualquier cosa para alejar a Ry de su mente. Finalmente, renunció a buscar un

programa interesante y su mirada se posó en el álbum de fotografías colocado en un estante. Carrie lo miró largo rato antes de decidirse a abrirlo.

Una fotografía de Travis y ella junto a sus padres le arrancó una sonrisa agridulce mientras deslizaba el índice por los rostros sonrientes de Sue y Joe Whelan. Tenía nueve años y Travis diecisiete cuando les hicieron la foto en Fort Worth. Fue una de las últimas fotografías del grupo familiar antes del accidente que se cobró las jóvenes vidas de sus progenitores.

Carrie deseó con todo su corazón que no fuese tan difícil dotar de animación esas figuras inmóviles. Siempre había querido recordarlos en tres dimensiones y llenos de vida... pero tras catorce años, esa conexión vital se había apagado junto con el color de la foto grafía.

Hacía mucho tiempo que había tenido que continuar con su vida. El profundo pesar había dado paso a una emoción más tolerable. Una suerte de anhelo había sustituido al dolor atroz que había hecho añicos el perfecto santuario de su pequeño mundo. Pero, a pesar de los años transcurridos, nunca había dejado de añorarlos.

Con una última mirada, Carrie pasó la página... y allí estaba. Ryan. Desmadejado, larguirucho, de anchos hombros y ojos marrones. Entonces tenía dieciocho años y ella diez. El corazón le dio un salto como siempre que aparecía ante ella, cuando pensaba en él, cuando se permitía creer que podría ser algo más que un hermano sustituto después de que sus padres se hicieran cargo de ella tras el fatal accidente que la dejó aturdida, confusa, encerrada en sí misma.

Para empeorar las cosas, Travis se había inscrito en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos meses antes del accidente y tuvo que marcharse poco tiempo después. Nunca se había sentido tan sola. Incluso en esos instantes, los ojos se le humedecieron al recordar aquella solitaria noche en que Ry la encontró en la habitación que Sandy, la madre de él, había decorado para ella con especial cuidado a fin de complacer a la niña que era en ese entonces. Estaba en el umbral de la puerta; un joven de amplios hombros, con una mirada pensativa y una expresión desolada que nubló unos instantes su rostro tan apuesto. Luego entró en la habitación con una brillante sonrisa. Ruidosamente intentó arrancarle una risita con sus bromas y, sin quererlo, despertó a la futura mujer que se gestaba en su alma de niña de diez años. Y fue entonces cuando se enamoró de él.

—Ahora somos tu familia —había dicho la madre de Ry más de una vez tras aquel horrible día— Trasis y tú nos pertenecéis. Tu papá fue nuestro capataz pero era como un hermano para John, y tu madre igual que una hermana para mí. Así como Travis y Ryan. Ahora tú eres nuestra hija.

Carrie cerró el álbum lentamente y lo apoyó contra su corazón, del modo en que Sandy solía abrazarla. Ese álbum representaba su pasado. Como la fantasía de que algún día Ryan pudiera amarla; una fantasía que albergaba en su corazón desde la niñez. Sin embargo, esa noche finalmente había tenido que aceptar que no podía ser. Carrie sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. No, Ryan Evans no estaba destinado a ser su príncipe azul.

Por tanto, había llegado la hora de ponerse en movimiento.

Carrie deseaba mantener una relación sentimental. Deseaba un marido y unos hijos de mejillas regordetas. Y ya que finalmente había aceptado el hecho de que Ry nunca iba a formar parte de ese sueño, decidió que era hora de encontrar un hombre que sí lo hiciera. Y tendría que ser pronto.

La joven se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Tras secarse las mejillas, fue al vestíbulo y de pasada echó una mirada al reloj. Era casi medianoche. Tras aplicar el ojo a la mirilla, el corazón le dio un salto.

—Ryan —dijo al tiempo que abría la puerta.

—Hola, osita —saludó con una sonrisa sesgada—. ¿Puedo entrar un segundo, o ésta noche me he convertido en persona non grata?

Ella miró su rostro apuesto y expresivo, los sonrientes ojos marrones que tantas veces habían entibiado su alma. Tenía una fina cicatriz en el pómulo, bajo el ojo izquierdo; un recuerdo de sus días de rodeo, tal vez un forcejeo con un potro cerril que lo había derribado sobre la arena.

También había otras cicatrices. Su oficio de ganadero le había dejado las manos llenas de pequeños cortes y arañazos, y la leve protuberancia en el puente de la nariz significaba que alguna vez se la había roto un caballo o posiblemente los puños de alguien en una riña de bar. Carrie no ignoraba que había protagonizado unas cuantas peleas en los tiempos de rodeo. Los años de la carretera habían sido duros y a veces los puñetazos abundaban

Ry había estado muy cerca de conseguir su sueño. Y ella también de conseguir el sueño de ser amada por él. Al menos había estado muy cerca de lograrlo... pero en su mente.

— Hola. ¿Dónde te has ido, pequeño guisante?

Parpadeando, ella se dio cuenta de que había vuelto a ese lugar idealizado donde él llenaba sus sentidos y sus pensamientos impidiéndole escapar de su presencia en busca de su propio futuro.

—Lo siento —dijo al tiempo que le permitía entrar—. Me has sorprendido. ¿Qué sucede?

Él se encogió de hombros mientras le dirigía una tímida mirada.

—Sólo quería asegurarme de que todo estaba bien después de... tú sabes.

Ella ladeó la cabeza.

— ¿De sacarme del restaurante como fuera una res sin marcar...?

—Ah... sí... después de eso —convino con una mueca.

—No te aflijas —dijo, decida a pasar página e ignorar que se le derretía el corazón—. Pero que no vuelva a ocurrir, ¿de acuerdo?

— ¿Eso significa que todavía piensas....?

— ¿Seducir al doctor Beldon? ¿Sabes qué, Ry? Creo que Travis y tú, y si me apuras, el resto de los hombres del Club de Ganaderos, funcionáis con la idea errada de que todas las mujeres del mundo necesitan ser rescatadas de un peligro —declaró. Él la miró un tanto aturdido—. ¿Qué? ¿Crees que no sé lo que su cede en ese lugar a puertas cerradas? Por amor de Dios, Travis es mi hermano. A veces desaparece durante días. Y tú y los otros. ¿Y no es una coincidencia que a poco de vuestro inesperado regreso los medios de comunicación informen de que se ha impedido la comisión de un crimen atroz o que un país ha sido salvado de un golpe desastroso perpetrado por algún grupo extremista?

—Pero...

Carrie se echó a reír al ver la expresión de pánico en el rostro de Ryan.

—No me mires con esa cara, como si padecieras de neurosis de guerra Ry. Tus secretos están a salvo. Me refiero a Natalie. Sé que en estos momentos os afanáis intentando descubrir qué fue lo que la trajo hasta Texas. Espero que tengáis éxito. La quiero como a una hermana, y la pequeña Autumn bueno, me ha robado el corazón. Quiero que estén a salvo. Quiero que esa expresión acorralada desaparezca de los ojos de Natalie.

—Carrie... —Ry pronunció su nombre con tanta cautela que la joven se apiadó de él.

—De acuerdo. Está bien. Vosotros no os dedicáis a salvar naciones ni damiselas angustiadas. No investigáis en secreto las cosas horribles que le sucedieron a Natalie. De acuerdo, es vuestra historia y podéis contarla como os apetezca. Mientras tanto —Carrie alzó una mano al ver que iba a interrumpirle—, no tengo nada que ver con el problema de Natalie... lo que significa que no necesito protección. Y como no la necesito, lo que haga y con quien lo haga no es asunto vuestro.

La joven observó que la expresión conmocionada de Ry había dado paso a una cierta tristeza. Pero no tenía importancia. Ella ya no se podía permitir el lujo de preocuparse por él.

—Siempre serás asunto mío, dulzura —murmuró rozándole la mejilla con la mano. Luego la dejó caer a un costado, como si de pronto fuese consciente de lo que hacía—. Sólo te pido que tengas cuidado, ¿de acuerdo? —murmuró.

Entonces, como si no pudiera evitarlo, le acarició la nuca y la atrajo hacia sí. Ella pudo percibir en su ropa un leve olor a cuero, a salvia y a

caballos cuando se inclinó para besarla en la frente—. Buenas noches, osita Carrie. No olvides echar el cerrojo a la puerta.

Más tarde, con los pies enraizados en el suelo, la joven oyó el ruido del motor del camión que se alejaba.

—Adiós, Ryan —murmuró a la calle vacía a sabiendas de que en ese instante se despedía de un sueño que había acariciado durante catorce años.

Poco después, se fue a la cama pensando en los posibles candidatos a convertirse en su hombre perfecto. La lista fue muy corta. Y todo porque Travis se encargaba de aterrorizar a cualquier novio en perspectiva. Aunque lo hacía con buena intención, siempre conseguía ahuyentarlos. Además de Ryan, Travis era el principal culpable de que todavía estuviera soltera y virgen a sus veinticuatro años.

—Bueno, durante largos años te has tomado muy en serio el papel de protector, hermano mío —murmuró mientras acomodaba la cabeza en la almohada.

Ya no era la niña de diez años, perdida y confusa que extrañaba a papá y a mamá. Actualmente era una mujer, al menos en años, porque en cuanto a experiencia todavía estaba muy verde. Aunque no sería por mucho tiempo. Tenía que haber un hombre que no se sintiera intimidado por su hermano. Tenía que ser alguien recién llegado a la localidad, que no conociera a Travis y su modo de ahuyentar a sus pretendientes.

Alguien como el doctor Nathan Beldon.

Sí, era cierto que le gustaba su trabajo en la biblioteca con su amiga Stephanie Firth, y también su trabajo en la clínica, y recaudar fondos para causas benéficas. Pero lo que más le gustaba eran las horas que pasaba junto a los niños en el Centro de Día. Carrie amaba a los niños y quería tener hijos propios con el hombre que hubiera elegido para compartir el resto de sus días.

También estaba pendiente el otro problema. El de su virginidad.

Estaba cansada del celibato, quería saber de qué se trataba todo ese lío de las relaciones sexuales. Y si Nathan Beldon estaba destinado a enseñarle, tal vez podría ser el hombre con el que formaría una familia.

Y al diablo con lo que dijeran Travis o Ryan.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo, compañero —dijo Travis Whelan, desilusionado, con una mano sobre el hombro de Ry mientras se dirigían al bar del Club de Ganaderos—. No me dejes en la estacada ahora.

—Bueno, yo... —Ry hizo una mueca y se rascó la oreja. La conversación no iba por el derrotero que tan cuidadosamente había planificado. Se trataba de pedirle que lo sustituyera por cualquiera de los otros tipos implicados en la situación. Cualquiera de ellos podía

vigilar a Carrie hasta que el misterio que envolvía a Natalie Pérez y su hija se hubiera aclarado.

—Tú eres mi hombre —continuó Travis, con una sonrisa—. Siempre lo has sido. Diablos, Ry, bien sabes que no puedo arriesgarme a que un oportunista sinvergüenza se aproveche de ella. Eres el único en quien puedo confiar y yo no puedo estar pendiente de mi hermana. No hasta que esto se acabe.

Dividido entre la necesidad de buscar una salida para evitar el desastre y su lealtad a Travis, Ry dejó escapar un largo suspiro.

—Pero, Travis...

—Soy padre, un padre —repitió el amigo sin hacerle caso, como si todavía no pudiese creer en su buena suerte—. Y con una dama en mi vida. Ry, bien sabes que Natalie y su bebé todavía están en peligro.

Sí, Ryan lo sabía, y también Carrie. Todavía se sentía asombrado por las conjeturas de ella. Y la chica había acertado en muchas cosas. Era cierto que los miembros del Club de Ganaderos de Texas se implicaban en misiones secretas. Esas misiones formaban parte de su código de honor. Justicia, paz, liderazgo... lo que hacían siempre era en pro de los mejores ideales.

Desde hacía muy poco, varios miembros del Club intentaban resolver el misterio que había comenzado una fría noche de noviembre y que cada vez se volvía más extraño. Sí, no cabía duda de que sabían mucho más que aquella noche en que una mujer anónima había entrado dando un traspiés en el Royal Diner con un niña recién nacida y medio millón de dólares metidos en la bolsa de los pañales; pero aún quedaban preguntas sin resolver.

La mujer en cuestión, tras desplomarse y luego caer en coma, recientemente se había recuperado y recobrado la memoria. Era Natalie Pérez, novia de Travis en la actualidad. El bebé era de Travis, el inesperado aunque hermoso fruto de una aventura que ellos mismos habían decidido dar por terminada casi un año atrás.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras bebían una cerveza en el bar.

— ¿Cómo está Natalie? ¿Y la pequeña Autumn? —preguntó Ry, finalmente.

—Se encuentran bien. Hombre, no puedo creer que una vez me alejé de Natalie y que estuve a punto de perderlas. Ese bastardo de Birkenfeld... pudo haber matado a Natalie o vendido a nuestra pequeña.

Ry exhaló una gran bocanada de aire. La gravedad de la situación le pesaba en los hombros cada vez que recordaba los detalles. Esa noche de noviembre, no se encontraba en el restaurante cuando Natalie apareció con una tarjeta de crédito del Club de Ganaderos en la mano. Ni tampoco Travis ni Darin, ambos fuera del país hasta fines de

diciembre.

Si Travis hubiera estado en la ciudad cuando Natalie apareció en escena, las cosas se habrían aclarado con más rapidez. Pero no fue así, y Natalie empezó a recobrar la memoria cuando descubrió a Travis en la fiesta de Año Nuevo tras su regreso de una misión en Europa.

Finalmente había recordado a Travis y su breve pero intensa relación amorosa cuyo fruto era la pequeña Autumn. Semanas más tarde, había recordado cómo fue a parar a Royal con todo ese dinero en una bolsa de pañales. La historia era tan extraña que, incluso en esos momentos, a Ry le costaba comprender lo sucedido y sus consecuencias.

Natalie había estado trabajando en una maternidad que dirigía el doctor Roman Birkenfeld. Tras unos meses de su llegada a la clínica, empezó a notar que una cantidad sorprendente de madres solteras perdían a sus hijos en el parto. Alarmada, decidió investigar discretamente en los archivos del ordenador. Así fue como descubrió que los niños no habían fallecido, sino que los habían vendido. Sin embargo, antes de enfrentarse al doctor Birkenfeld o acudir a la policía, se puso de parto.

Y allí comenzaron sus verdaderos problemas. El buen doctor tenía los mismos planes para el bebé Natalie que para los otros niños. La había drogado. A la mañana siguiente, tras haber dado a luz y todavía bajo los efectos de las drogas, apenas logró comprender que el médico le informaba de la muerte de su hija. De alguna manera, Natalie consiguió escapar de la clínica y seguir hasta el aeropuerto al doctor Birkenfeld y la enfermera cómplice donde intentaban tomar un avión para llevar al bebé a los futuros compradores.

Cuando la enfermera fue al cuarto de baño a cambiarle los pañales, de un empujón Natalie la tiró al suelo y huyó con la niña y la bolsa de pañales que resultó estar llena de dinero. Un dinero que posteriormente los miembros del Club guardarían en la caja fuerte del establecimiento.

Luego corrió a la estación de autobuses, pero Birkenfeld y la enfermera la alcanzaron en Amarillo.

Y de ahí en adelante, Natalie no recordaba nada de lo sucedido. Por eso Travis y el resto de los compañeros todavía se mantenían en guardia.

—¿Ha recordado algo más? —preguntó Ry.

Travis negó con la cabeza.

—No. Todo lo ocurrido tras Amarillo está muy confuso. Lo único que Natalie recuerda es que hubo un forcejeo y ella se golpeó la cabeza. No sabe cómo logró escapar —explicó, desolado—. Anoche me dijo que lo único que la mantuvo consciente fue la necesidad de encontrarme —Travis tragó saliva—. Y yo no estuve allí para ayudarle.

La mano de Ry sobre su hombro lo sacó del recuerdo angustioso.

—Oye. Ahora estás aquí con ella. Estás aquí para protegerlas a ambas.

Ry sabía que los compañeros de Travis también hacían lo mismo. Y con mayor razón, tras el misterioso incendio de la casa de Tara Roberts que llevó a Natalie a su hogar durante el período de recuperación. Desde entonces, ningún hombre había bajado la guardia ni dejado de investigar el misterioso caso de Natalie.

—Birkenfeld todavía anda suelto por ahí —dijo Travis en tono gélido—. Hasta que no logremos meterlo entre rejas, ni Natalie ni Autumn estarán a salvo. Por eso te necesito, hombre. Carrie...

—Ya es mayor —insistió Ry, decidido a no rendirse todavía—. Realmente no sé por qué piensas que necesita protección. No tiene nada que ver con esto.

—Pero yo sí. Y me figuro que Birkenfeld lo sabe. ¿Estás totalmente seguro de que ese bastardo que se dedica a drogar a las mujeres y a decir que sus hijos han muerto con el fin de venderlos no intentaría llegar hasta Natalie a través de mí o de los míos?

Ry cerró los ojos y tuvo que reconocer que era verdad. El hecho de que Carrie formara parte del mundo de Travis le daba toda la razón.

—Estás en lo cierto. Se necesita una mente corrupta y retorcida para hacer lo que ese médico ha hecho.

—Y se necesita un hombre de mi entera confianza para que cuide de mi hermana hasta que logremos encontrarlo y dar por terminado este asunto.

Finalmente, Ry asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Lo haré. Pero aún no comprendo qué tiene que ver Nathan Beldon con todo esto.

Travis se encogió de hombros.

—Posiblemente, nada.

—Entonces, ¿por qué tengo que vigilarlo?

—Porque ese hombre no me gusta —Travis lo miró con suavidad—. ¿Hace falta otra razón?

Capítulo Tres

—No puedo creer que un tipo como yo haga esto —murmuró esa noche tras bajarse el ala del sombrero.

Hundido tras el volante de su nuevo todoterreno negro, Ryan frunció el ceño al ver que Carrie se dirigía al Royal Diner del brazo de Nathan Beldon.

La chica se había movido rápido. O tal vez era Beldon el que la había «seducido».

No dudaba que lo que hacía en ese momento era simplemente un acto de espionaje, por más que Travis lo llamara «no perder de vista a Carrie».

De pronto, se enderezó en el asiento, con todos los sentidos alertas. ¿Había visto bien? ¿La mano del doctor no se apoyaba en una zona bastante baja de la espalda de Carrie, y con demasiada familiaridad?

La puerta del restaurante se cerró tras ellos antes de que Ry pudiera decidir si había sido un gesto fortuito o una ilusión visual.

Sin vacilar un segundo, bajó del vehículo y se encaminó al restaurante. Travis quería que vigilara a Carrie y eso era lo que iba a hacer. Nada más. La noche anterior había llegado a la conclusión de que, a pesar de lo que él quisiera o de las provocaciones sensuales de Carrie, la joven estaba fuera de su alcance en términos románticos.

Y con ese pensamiento abrió la puerta del Royal Diner, preparado para una pequeña interferencia creativa.

Nathan Beldon realmente era un hombre atractivo, de una manera reservada, un tanto sofisticada, decidió Carrie mientras se sentaba a la mesa de un apartado frente a él.

—¿Estás segura de que este sitio está bien? —el buen doctor preguntó con una sonrisa contrita.

Una sonrisa atenta e... interesada, pensó Carrie, agradablemente sorprendida.

—Muy bien —aseguró.

Y mucho mejor estaba que pareciera un tanto tímido, incluso inseguro.

Había que verlo. Un hombre con su aspecto, tan impresionante y seguro de sí mismo que se sentía un tanto inseguro frente a ella.

Esa tarde, cuando se marchaba del hospital se había acercado a él en la zona de estacionamiento, se había presentado y le había preguntado si deseaba acompañarla a cenar.

Se había sentido muy orgullosa de sí misma por su comportamiento moderado, segura de sí misma, no demasiado amistosa, y él graciosamente había aceptado su ofrecimiento. Habría dicho que incluso con una cierta ansiedad.

Y en ese momento se encontraban allí. Carrie lo miró disimuladamente por encima de la carta. Nathan Beldon no era

exactamente lo que se podría llamar descaradamente apuesto, no como Travis o Ryan. Era más clásico, más refinado. Sus ojos marrones no eran tan cálidos ni expresivos como los de ellos; los de Nathan eran bastante más serios. Y eso no era malo, sólo diferente a lo que ella estaba acostumbrada. Era muy alto. Ryan también lo era. Pero el doctor tal vez lo sobrepasaba en un par de centímetros. Y decidió que eso también le gustaba, así como el hecho de contemplar un par de ojos que le devolvían una mirada llena de interés. Y los ojos oscuros de Nathan sí que demostraban interés por ella.

No tenía la constitución de Ryan, todo músculo, fibra y gracia atlética. Nathan Beldon era delgado y se movía con tal refinada elegancia que le hizo preguntarse cómo sería bailar, con él.

—La próxima vez iremos al Claire's… ¿o me estoy haciendo demasiadas ilusiones? —preguntó con su suave voz cultivada. Carrie sonrió, complacida.

—No, en absoluto. Me… gustaría mucho —aseguró. También le gustó el modo en que el pelo castaño oscuro completaba su aspecto tan atractivo, aunque sus cabellos eran más finos que los de Ry, más gruesos y siempre revueltos—. Claire's es uno de mis sitios favoritos.

El pintoresco y elegante restaurante francés era famoso por su ambiente romántico y excelentes vinos. Una invitación al Claire's implicaba muchas posibilidades.

—En vista de que a ambos nos gusta, está claro que alguna vez tendremos que ir —afirmó con otra de sus sonrisas que prometían más que una casual taza de café tras una romántica velada.

—Sí —dijo Carrie, decidida a concentrarse en él y en la atención que le prestaba y desterrar a Ryan de su mente—. Claro que sí.

—Hola, amigos.

Carrie sonrió a Sheila que apareció ante ellos con una jarra de café y la libreta de pedidos.

—Hola, Sheila —saludó con simpatía.

—¿Qué te apetece? —preguntó Nathan sin prestar atención a la camarera. Sheila era una de las personas que Carrie más apreciaba en el mundo. Cuarentona, muy sensual en su uniforme demasiado ceñido y excesivo maquillaje, era una mujer sencilla, franca y divertida.

—¿Conoces a Sheila? —preguntó Carrie tras haber decidido que Nathan no había querido ser descortés. Simplemente padecía el síndrome del «recién llegado a la ciudad» y aún se sentía incómodo con la gente de la localidad—. Es una institución en el Royal Diner.

—Tesoro, soy una institución en Texas. ¿Qué hay, doctor? —saludó mientras Nathan alzaba la vista de la carta con una cierta desgana.

—Es un placer —se las ingenió para decir, bastante incómodo a pesar de su sonrisa un tanto forzada.

Decidida a ser generosa y a interpretar su actitud como una

manifestación de timidez y no de esnobismo, Carrie cerró la carta y sonrió a Sheila.

—Tomaré sopa y una pequeña ensalada.

—¿Y tú, doctor?

Mientras Nathan miraba a Sheila con una sonrisa nada natural, Carrie observó la leve rigidez de sus hombros y se dijo que, después de todo, tal vez era un poco esnob.

—Tomaré solomillo. No muy hecho —dijo antes de volverse a Carrie, sin volver a hacer caso a la camarera.

Cuando la joven acababa de decidir que la incomodidad del médico sólo eran imaginaciones, la última voz que hubiera deseado oír en el mundo irrumpió en el espacio íntimo que había creado sólo para Nathan y ella.

—Y para mí lo mismo que ha pedido el doctor, dulzura —dijo Ryan, y Carrie sintió que se helaba.

Con un gemido sofocado, alzó la vista y ahí estaba él, con su saludable aspecto de vaquero tejano y su natural encanto, en ese momento dirigido a Sheila.

Sus mejillas estaban rojas a causa del viento helado de la noche de febrero. Llevaba la chaqueta abierta en el cuello, el sombrero sobre las cejas bajo las cuales sus ojos marrones bailaban chispeantes de inteligencia y descarada coquetería. Cualquier mujer sensible no habría podido resistirse al magnetismo puramente animal y a la tosca gracia que emanaba de su alta figura.

—Hola, demonio irresistible —arrulló Sheila.

—¿Todavía no has decidido casarte conmigo? —bromeó Ry con una mueca divertida al tiempo que le besaba la mejilla.

—Cariño, si pensara que realmente estás a mi altura empezaríamos a negociar pero soy realista, no una soñadora —dijo antes de alejarse con los pedidos.

—¡Qué mujer! —Ry dejó escapar una pícara risita mientras que de un suave codazo empujaba hacia un lado a Carrie que se había aferrado a la mesa para no dejarle espacio. Sin darse por enterado, se acomodó en el asiento junto a ella.

De inmediato, la joven sintió el aroma de la noche helada, de la chaqueta de piel y de todo lo que le era familiar, aunque ilusorio. Y en ese instante, lo odió casi tanto como lo había amado por la involuntaria habilidad del hombre para despertar todos sus sentidos.

Carrie miró a Nathan disimuladamente y notó que empezaba a hervir lentamente a causa de la inoportuna y molesta intromisión de Ryan que, tras echar una mirada al doctor, se volvió a ella.

—Bueno, ¿no es una agradable sorpresa? —dijo con una amplia sonrisa y una mirada de inocencia—. Nunca soñé que esta noche iba a cenar acompañado. No os importa, ¿verdad? —preguntó sin hacer caso

a la mirada fulminante de Carrie—. Fantástico —añadió antes de que ella pudiera abrir la boca. Luego se volvió a Nathan con una sonrisa de niño bueno—. Evans. Ryan Evans —saludó al tiempo que extendía la mano—. Nelson Beldon, ¿no es así?

—Nathan. Doctor Nathan Beldon —corrigió con rigidez al tiempo que optaba por estrecharle la mano, sin otra alternativa.

—Doctor —Ry asintió con una sonrisa mientras se la estrujaba con tanto entusiasmo que finalmente el médico la retiró con una mueca de dolor.

«Oh, Dios, ¿es que Ry intenta romperle los huesos, como si quisiera marcar su territorio?», pensó Carrie con un hondo suspiro.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Ryan? —preguntó con las mandíbulas apretadas y una sonrisa falsa en tanto intentaba desesperadamente ignorar la presión del muslo sólido, duro y cálido contra el suyo.

—Lo mismo que tú, osita Carrie. Repostando. ¿Y qué te parece Royal, Nolan?

—Nathan —corrigió Carrie, con una dura mirada—. Su nombre es Nathan.

—Nolan. Nathan. Lo siento, compañero —se disculpó con otra de sus sonrisas de niño bueno—. Así que eres veterinario, ¿no?

A punto de estallar, la joven cerró los ojos y contó hasta diez antes de corregirle.

—Médico. Obstetra y ginecólogo —se adelantó Nathan—. ¿Y tú? Por tu aspecto diría que eres vaquero. ¿Estoy en lo cierto?

Carrie notó que se hinchaba una vena en la frente del doctor como si se hubiera apuntado un tanto, aunque Ry mantuvo su brillante sonrisa.

Y a partir de ese momento, la velada fue cuesta abajo.

—¡Por amor a Dios!, ¿qué has hecho? —preguntó Carrie mientras Nathan salía del restaurante con los hombros rígidos.

Junto a ella, Ry terminó de dar buena cuenta de su plato y luego hizo una pausa con el tenedor en el aire.

—¿De qué estás hablando, querida?

Esa fue la gota que colmó el vaso. Sin pensarlo dos veces, Carrie le aporreó el brazo.

—¡Ay! Sí que duele —exclamó con una mueca mientras se frotaba el bícep.

—Y todavía no es suficiente —dijo ella, reclinada en el asiento y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Con el ceño fruncido, Ry fingió estudiarla con preocupación.

—Vaya, he interrumpido algo, ¿no es así? —preguntó con una mirada tan culpable que Carrie casi se apiadó de él.

—Creo que te odio.

Ry se quedó inmóvil y luego colocó el tenedor en el plato.

—Así que... ¿crees que ese tipo puede ser especial para ti?

Carrie dejó escapar un bufido en tanto luchaba por ignorar los ásperos dedos que le colocaban un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Bueno, después del espectáculo que has dado, probablemente nunca lo sabré.

Carrie sintió la cálida mirada de los ojos marrones sobre ella, pero se negó a mirarlo. Finalmente, Ry retiró la mano de su mejilla.

—Siento haberlo estropeado, cariño; pero si se larga con tanta facilidad, ya no es alguien especial. No, ese tipo carece de lo que hay que tener para permitirse respirar el mismo aire que tú.

Con un suspiro exasperado, Carrie apoyó la frente sobre los brazos cruzados encima de la mesa.

—Todo lo que quería era cenar con él para conocerlo mejor. ¿Era pedir demasiado?

Ry contempló la sedosa melena roja, los hombros caídos, y sintió un ramalazo de auténtica culpa. Entonces le puso la mano en la espalda y la dejó allí. Carrie era tan frágil. Al ver que no protestaba, empezó a acariciarla al tiempo que sentía bajo sus manos los delicados huesos y músculos bajo el jersey verde.

Sólo deseaba consolarla para apaciguar su propia culpa. Sin embargo, cuando la palma tropezó con lo que sin duda era el cierre del sujetador, se dejó arrastrar por sus fantasías sexuales, tan frecuentes últimamente. Cuando en su imaginación sus dedos se deslizaban bajo las braguitas hasta llegar a la sedosa calidez de la joven, sintió que su erección presionaba la bragueta del pantalón.

Vaya, otra vez sucedía. Por culpa de ella, la hermana pequeña de Travis.

Ry dejó escapar una gran bocanada de aire mientras retiraba la mano y mentalmente se daba un palmetazo en la cabeza.

—¿Te apetece un trozo de tarta? —preguntó con una voz que apenas reconoció como la suya.

Ella alzó la cabeza y lo miró en silencio.

—¿Así es como intentas reparar lo que has hecho? —preguntó, finalmente.

Ry sonrió, a pesar de sí mismo, de su culpa y de su excitación sexual.

—Antes solía utilizar ese truco.

—Sí. Cuando yo tenía doce años.

—Ahora se necesita más que un trozo de tarta para que te sientas mejor, ¿verdad, osita?

En el momento en que dijo esas palabras, Ry se arrepintió porque no hicieron más que conjurar las múltiples maneras en que podría hacer que se sintiera mejor. Podría empezar con su boca y desde allí

seguir lentamente hacia abajo. Sí, eso sería bueno. Para ambos.

—Lo único que necesito es un poco... sólo un poco de respeto por mis sentimientos.

—Yo te respeto, cariño. Pero no estoy seguro de que Nelson lo haga.

—Nathan —corrigió ella echando chispas por los ojos—. Se llama Nathan y realmente no me importa lo que pienses de él, ¿te enteras?

—Mmm....

—Y ahora, muévete —ordenó—. Y en el futuro no quiero volver a ver tu cara la próxima vez que me encuentre con Nathan. ¿Queda claro? —añadió cuando él la dejó salir del asiento.

—Bueno, yo...

—Veo que te queda claro.

«Nada de claro», pensó Ry al verla marcharse del restaurante.

«Maldito Ryan Evans. Y maldito sea este pueblucho de mala muerte». Durante muchos días había estado buscando el modo de acercarse a Carrie Whelan y cuando finalmente había surgido la oportunidad, Evans lo había desbaratado todo.

Hirviendo de rabia y todavía con el olor a fritura de ese restaurante barato en las narices, Nathan entró en el apartamento que había alquilado el mes anterior en la zona oeste de Royal. Como una tromba fue a su dormitorio, tiró las llaves sobre la cómoda, se desabotonó la camisa y se quitó los pantalones.

—Llegas pronto.

Nathan volvió la cabeza a la cama donde una rubia platinada, totalmente desnuda bajo las sábanas, lo miraba sonriente.

Entonces cerró los ojos con un juramento.

—¿Qué haces aquí?

—Irritado, ¿no es así? ¿Qué sucede, cariño? ¿Tu cita con la dulce Carrie Whelan no resultó tan bien como esperabas?

—Te dije que teníamos que ser cuidadosos. Todo el mundo supone que eres mi enfermera y nada más. Así que no deberías estar aquí —dijo al tiempo que se quitaba los calzoncillos.

—He tenido cuidado —dijo con un puchero y una mirada tan sugerente que despertó la lascivia del doctor—. Nadie me vio entrar admite que te alegras de verme aquí. Por amor de Dios, no seas tan aburrido. Hace muchos días que no pasamos... un buen rato juntos. Te he echado de menos —dijo al tiempo que retiraba la sábana hacia atrás y le abría los brazos.

—Repito que no deberías estar aquí —replicó con una dura mirada.

—Realmente no quieres que me vaya, ¿verdad Roman?

Nathan dejó escapar un largo suspiro y se acercó a la cama.

—¿Cuántas veces he de decirte que no me llames por mi verdadero nombre?

—De acuerdo. De acuerdo —repuso ella, impaciente—. Nathan. Conozco las reglas. Me las has repetido muy a menudo. Mientras estemos atrapados en este agujero, tú no eres el doctor Roman Birkenfeld, sino el doctor Nathan Beldon. Y yo soy la enfermera Mary Campbell, no Marci Carson. Y ahora, dejarás que me quede, ¿no es así, Nathan?

Él echó una mirada al cuerpo desnudo. No. No quería que se fuera. Al menos no durante un par de horas. Ella le ayudaría a relajar la tensión acumulada.

Necesitaba organizar sus pensamientos, muy desordenados últimamente. Necesitaba volver a estudiar su plan de acción. Olvidarse de lo que había hecho al verdadero doctor Nathan Beldon cuya identidad había usurpado. Sí, debía dejar de preocuparse de que lo descubrieran. Incluso si la policía de Dallas encontraba el cuerpo de Beldon, cosa que no iba a suceder porque se había asegurado de que no ocurriera, no podrían achacarle el crimen.

No, no era estúpido. Si lo fuera, no habría logrado llegar hasta donde se había propuesto. Todo lo que necesitaba era acceder a Natalie Pérez, esa mujerzuela. Ella era la que había estropeado las cosas. Había descubierto su participación en el mercado negro de bebés y se había esfumado con su hija y el dinero. Dinero que había acumulado de la venta de niños a fin de saldar sus cuentas con esos tiburones de los prestamistas que habían cubierto sus deudas de juego en Atlantic City. Más le valdría estar muerto si no recuperaba el dinero y el bebé. Gracias a Natalie Pérez su vida estaba amenazada con la promesa de que no tendría una muerte dulce si no devolvía el dinero. Y pronto.

Nathan se frotó el mentón con una mano húmeda. No, no quería que esa mujer, Merci, se marchara de su cama. Necesitaba aliviar la presión que sufría constantemente. Sabía que mantener su falsa identidad y la guardia alta contra los tiburones siempre pisándole los talones, se estaba cobrando su precio. No podía dormir y perdía peso a ojos vistas.

—Vamos, amor —ronroneó Merci al tiempo que se recostaba contra los almohadones—. Yo haré que te sientas mejor.

Sí, era una auténtica Florence Nightingale y él necesitaba que alguien lo curase. Así que tras meterse en la cama, se tendió sobre ella. Por la mañana volvería a ocuparse de Carrie Whelan. Esa estúpida bienhechora candorosa. Para él era sólo un medio para llegar a un fin, totalmente sustituible. Todos los habitantes de ese pueblucho de mala muerte eran fáciles de engañar... incluso el personal sanitario del hospital. Ni siquiera habían puesto en duda las credenciales profesionales que había sacado del despacho de Beldon. Estúpidos palurdos. Había sido muy fácil infiltrarse en la comunidad sanitaria y aprovechar sus privilegios. Sencillamente se había acercado al jefe de

personal y le había dicho que estaba interesado en participar en el programa de intercambio de médicos. Dio la casualidad de que el administrador, buscaba un sustituto para un médico que hacía poco se había trasladado de Texas. Así que lo contrató de inmediato.

Sí, las cosas marchaban bien, controlaba la situación. Todo lo que tenía que hacer era ajustarse a su plan y utilizar a Carrie Whelan para acceder a Travis Whelan, el camino, más directo para llegar a Natalie Pérez.

Y una vez que echara el guante a Natalie… le haría pagar caro el daño que le había hecho. Les haría pagar a todos. Nadie podía vencer a Roman Birkenfeld. Ni su mojigato hermano ni la Doña Perfecta de su hermana, como tampoco sus padres a los que nunca podía complacer.

Bueno, en ese momento se complacía a sí mismo. Y no permitiría que una mujer como Natalie Pérez le ganara la partida.

Capítulo Cuatro

Carrie no podía creerlo. Al día siguiente, Nathan la había vuelto a llamar para invitarla a cenar aquella misma noche. Su tono decidido era excitante y lisonjero y ella aceptó de buena gana

La joven se puso un perfume muy fino y sensual que le había regalado su amiga Stephanie Firth hacía un par de meses, para Navidad. En un impulso atrevido roció un poco sobre los pechos y luego se miró al espejo.

El vestido nuevo era negro, corto, con el corpiño ceñido y un profundo escote.

Resistiéndose al deseo de que el ruedo estuviera un poquito más cerca de las rodillas y el generoso escote cuadrado un poquito más cerca de la barbilla, se calzó unos zapatos italianos de piel con finas tiras y altos tacones.

Carrie intentó borrar de su mente la reacción de Ry si la hubiera visto vestida de ese modo. Posiblemente le habría dicho que se pusiera un jersey.

Bueno, esa noche no se trataba de complacer a Ryan. Esa iba a ser su gran noche. De Nathan y suya. Stephanie era la única que estaba enterada de su cita.

Tras aplicarse un toque de carmín rojo en los labios, a juego con el color de las uñas, recogió el abrigo y se encaminó a la puerta. No tenía intención de hacer esperar a Nathan. A causa del exceso de trabajo, el doctor no podría ir a recogerla y la había citado en el mismo Claire’s.

Quería impresionarlo. Y si con ese aspecto no lo hacía, ignoraba de qué otro modo podría conseguirlo.

Y cuando la vocecita en el fondo de la mente intentó decirle que tal vez cometía un error, que tal vez iba demasiado rápido, decididamente la ignoró.

Ya era una mujer y siempre había sabido juzgar el carácter de las personas. Y el de Nathan Beldon era bueno. Y también su sonrisa. Desde luego que no era Ry, pero él no estaba interesado en ella y Nathan sí que lo estaba.

Carrie pensó que el vino era perfecto, las velas muy románticas y Nathan... francamente volcado en ella.

Entonces, le sonrió por sobre la mesa.

—¿Te he dicho lo maravillosa que estás esta noche? —preguntó Nathan al tiempo que su mirada volaba del rostro de la joven al pronunciado escote y otra vez a su rostro.

Mientras intentaba asegurarse de que las ardientes miradas la hacían parecer deseable y no un poco inquieta, Carrie parpadeó por encima de la copa de cristal.

—Dos veces. Y francamente no se me ocurre una razón para que

dejes de hacerlo.

El doctor emitió una risita profunda y sensual al tiempo que alzaba su copa.

—Por el comienzo de una hermosa… amistad —brindó intencionadamente.

—Sí —dijo ella ignorando sus nervios mientras chocaban las copas —. Por un buen comienzo.

En ese momento, Ry se sintió como un canalla.

—¿Quieres decirme a qué obedece esta invitación?

Sentado tras el volante de su Lexus negro, Ryan sonrió a su amiga Stephanie Firth. La bibliotecaria y profesora de arte dramático, con cuerpo de modelo, era toda una belleza que aún no se enteraba de ello ni del modo de utilizar si intelecto para intrigar al sexo opuesto.

Ambos habían sido compañeros desde la escuela elemental. Él siempre fue el payaso de la clase y ella la lumbrera que había sufrido mucho a causa de su inteligencia y de su constitución alta y delgada; Ry solía pelear a puñetazos con Josh, el torito de la clase, cada vez que la llamaba «doña sabionda». Más tarde se convirtieron en grandes amigos, tras un fracasado intento de idilio en que ambos concluyeron que la única química que había entre ellos eran los apuntes que Stephanie le pasaba para que pudiera aprobar el examen final de dicha asignatura. Ella siempre recurría a Ry cuando se encontraba en un apuro y él hacía lo mismo.

Sin embargo, esa noche Ry la estaba utilizando. Y si eso no lo convertía en un canalla, sí sus planes para estropear la cita de Carrie.

—¿Y por qué? —preguntó Ryan evasivamente mientras estacionaba el coche que no se había resistido a comprar el mes anterior. Siempre decía que nunca se tiene demasiados caballos o demasiados caballos de fuerza—. ¿Es que un viejo amigo no puede invitar a cenar a una vieja amiga sin que haya una razón especial?

—Supongo que sí —contestó Stephanie con una mirada recelosa mientras él la conducía a la entrada del restaurante—. Pero, ¿no es una coincidencia que después de haber dicho que tenías que ir directo a tu casa, tras tu reunión en el banco, repentinamente se te ocurriera decir que te morías de ganas de tomar uno de los exquisitos filetes que preparan en el Claire's? ¿Y justo después de haberte contado que Carrie vendría a cenar aquí con el doctor Beldon?

—Sí, bueno —Ry se aclaró el nudo de culpa que se le había alojado en la garganta y forzó una sonrisa—. Pero un tipo también necesita comer.

—Vaya, vaya —Stephanie se limitó a comentar al tiempo que le lanzaba una mirada suspicaz.

Afortunadamente, el maître ya los escoltaba a una mesa con mantel

de lino, bujías borgoñas y resplandeciente cristalería austríaca.

En el momento en que Ry descubrió a Carrie y Beldon sentados a una discreta mesa en una esquina del comedor, el elegante entorno desapareció de su vista. Y sólo tuvo ojos para Carrie.

El resplandor vibrante de sus ojos y el color de sus mejillas rivalizaban con los destellos de las bujías que se reflejaban en su sedosa cabellera roja. Siempre había sabido que era bonita y había hecho lo imposible para evitar el pensamiento de que también era endiabladamente sexy, pero esa noche era imposible evitarlo a causa de su aspecto.

El profundo escote ponía de manifiesto la cremosa suavidad de sus pechos que subían y bajaban provocativamente cuando reía. Y el coqueto movimiento de la cabeza resaltaba las delicadas líneas de la garganta. Lucía increíblemente hermosa y Beldon se la comía con los ojos.

No. Ry decidió que de ninguna manera iba permitir que ese baboso le pusiera sus pegajosas manos encima. No a su mujer.

Bueno, no era su mujer. Y nunca lo sería… pero era su responsabilidad. Se lo había prometido a Travis.

Hasta ese momento había sido una especie de ángel guardián a regañadientes porque pensaba que Beldon era inofensivo. Pero esa noche no había nada de inofensivo en los ojos del hombre. La palabra depredador estaba escrita en su cara… y Carrie era la presa más inocente.

Sí, podía ser un canalla; pero a sabiendas de que la causa era justa, Ry se encaminó directamente hacia ellos.

—Steph, mira a quiénes tenemos aquí… —dijo con fingida sorpresa.

Stephanie le lanzó una mirada sorprendida mientras él la guiaba apresuradamente entre las mesas.

—¿Qué te traes entre manos, Ryan Evans? —susurró.

—Nada, sólo cultivar la amistad, Steph. Sólo eso.

Carrie no habría podido decir qué la puso en alerta, pero fue consciente de la presencia de Ry antes de verlo. Los finos cabellos de la nuca se le erizaron antes de oír que su voz de barítono irrumpía en la intimidad que Nathan había creado con sus ardientes miradas.

—Mira, Steph. ¿No te parece que forman una pareja formidable?

¡No, no, no! No podía estar sucediendo otra vez. Carrie cerró los ojos pensando que cuando los abriera, la voz y la figura de Ry habrían desaparecido y que sólo vería la atenta sonrisa de Nathan.

Sólo que Nathan no sonreía. En cambio, miraba la escena con las mandíbulas apretadas y una gruesa vena volvía a hincharse en su frente. La cara se le había vuelto del mismo color del vino que llenaba las copas.

—Ryan… —murmuró Carrie, con el corazón hundido.

—¿Puedes creer en mi buena suerte, Steph? —dijo Ry ignorando a Carrie—. Por segunda vez coincidimos en un restaurante.

La joven le lanzó una mirada llameante al verlo de pie junto a la mesa con una amplia y estúpida sonrisa. Junto a él, Stephanie miraba avergonzada.

—De haber sabido que veníais habríamos reservado una mesa más grande —dijo Nathan con una tensa sonrisa—. Es una pena que no podamos cenar juntos.

—¿Has oído eso, Steph? Quiere que nos unamos a ellos. ¿No te dije que es un buen chico?. ¡Robert…! —Ry llamó a un camarero que pasaba por allí—. Por favor, trae un par de sillas y cubiertos para ésta mesa. El doctor nos ha invitado a cenar. Pero la cuenta la pago yo. De veras que sí —dijo al tiempo que malinterpretaba intencionadamente la mirada furiosa de Carrie con una sonrisa magnánima—. Insisto.

Tras acomodarse tranquilamente, Ry presentó a Stephanie con la sonrisa de un encantador de serpientes mientras Carrie pensaba fríamente en el mejor modo de asesinarlo por lo que estaba haciendo.

—A la tercera va la vencida —dijo Nathan en el parque, días más tarde—. Es imposible que Evans tropiece aquí con nosotros.

Se encontraban en un lugar retirado a la orilla del lago, sentados muy juntos sobre una manta, y aunque la tarde estaba bastante fría, una cálida ola invadió el corazón de Carrie ante el interés que Nathan demostraba por ella.

No estaba habituada a ese tipo de atenciones. Incluso había continuado llamándola tras la desastrosa velada en el Claire's que había terminado muy pronto porque el médico tuvo que marcharse tras una llamada urgente del hospital.

De hecho, la había llamado todos los días. En esas conversaciones solía preguntarle por su trabajo, y de paso, también hablaba de sí mismo. Todo era tan romántico y lisonjero que Carrie realmente quiso creer que él podría ser el hombre que representaba su futuro. Tal vez sería posible, si Ry dejaba de sabotear los intentos de Nathan para intimar con ella.

Pero esa vez no podría encontrarlos. Aquélla iba a ser su noche. El champán parecía darle tanto valor que decidió que más tarde llevaría a Nathan a su casa y a su cama.

—Siento mucho lo de Ryan. Ni siquiera puedo darte una explicación lógica de su conducta.

Nathan alcanzó la botella de champán y volvió a llenarle el vaso.

—No cabe duda de que está celoso.

Carrie apenas pudo ocultar un bufido bastante poco delicado.

—¿Ryan? Oh, no. Más bien creo que se trata del complejo del gran

hermano o algo así.

—¿Gran hermano?

Entonces le habló de la muerte de sus padres, le contó que los Evans se habían hecho cargo de ella y cómo Ryan había asumido el papel de Travis cuando el hermano tuvo que alistarse en el Cuerpo de Marines.

—Qué duró debe de haber sido para ti —comentó Nathan al tiempo que le pasaba un brazo sobre los hombros.

Carrie sintió que unas lágrimas intempestivas le quemaban los párpados. Horrorizada por su inesperada emotividad, pestañeó con fuerza para retenerlas.

—Me siento muy bien así. Todo está bien —murmuró al sentir que el brazo la ceñía un poco más.

—Y muy íntimo —murmuró Nathan en tono sugerente.

Sí, una merienda en el parque, íntima y romántica. A pesar del frío reinante decidió que le encantaba, lo mismo que la sonrisa del doctor y las cosas exquisitas que había llevado en una cesta para celebrar el día de San Valentín. Aparte del champán, había galletas, caviar, queso francés y uvas.

Todo era perfecto. El champán le quitaba el frío y la relajaba tanto como los cumplidos de Nathan.

—¿Puedo besarte, Carrie?

—Mmm...

Ella se volvió a mirarlo con una sonrisa invitante y esperó que el corazón latiera alocadamente en su pecho mientras él se inclinaba sobre su rostro.

Y esperó... y esperó... y esperó mientras él presionaba su boca con un gemido y su lengua la animaba a abrir los labios para él.

«De acuerdo..., es agradable», pensó en tanto intentaba concentrarse en el beso con el mismo entusiasmo que demostraba el doctor. Sí, no era malo. Pero... ¿dónde estaban los fuegos artificiales que debían estallar detrás de sus párpados cerrados? «Tal vez he perdido la práctica». Decidida a entregarse a ese instante, alzó una mano para acariciarle el pelo mientras él la ceñía contra su cuerpo.

Carrie intentó relajarse cuando él la tendió sobre la manta y la besó con más ardor. Aunque la caricia le pareció interminable y no realmente agradable. La verdad fue que se sintió... estafada.

—Llévame a tu casa —murmuró Nathan con pequeños besos en el mentón de la joven.

Los besos la hicieron estremecerse, pero no de pasión. ¿Qué le pasaba? Verdaderamente había deseado ese momento y sin embargo, cuando la mano del médico avanzó hacia sus pechos, le aferró la muñeca y se sentó bruscamente.

—Nathan... yo...

Estaba tan avergonzada. Lentamente alzó la vista y creyó ver en los

ojos de Nathan un ramalazo de rabia que le asustó.

Pero de inmediato él esgrimió una sonrisa. La rabia se esfumó en un segundo y Carrie pensó que habían sido imaginaciones suyas.

—Voy demasiado rápido, ¿no es así? —preguntó con suavidad.

—No —insistió ella refugiándose en sus brazos—. Sólo que... yo no tengo experiencia, Nathan —admitió, y de pronto supo que su incapacidad para responderle se debía a los nervios—. Y quiero que tú me ayudes.

Los ojos del doctor volvieron a incendiarse y se inclinó para besarla... justo cuando un caballo disfrazado de perro se acercó corriendo hacia ellos y con un ladrido se abalanzó sobre el pecho de Nathan.

—Qué demonios... —Nathan apenas alcanzó a farfullar cuando el peludo y apestoso animal lo tiró de espaldas y lo mantuvo quieto con los caninos peligrosamente cerca de la yugular.

Con un grito, Carrie se puso de pie de un salto con tan mala suerte que la botella de champán se derramó sobre los pantalones de Nathan.

Tras un lengüetazo, el animal perdió interés en la garganta del doctor y, montado a horcajadas sobre él, el monstruo lanudo se puso a lamer la manta empapada de champán y luego a birlar el queso y las galletas desparramadas mientras ensuciaba la pernera de los pantalones con las uvas y el caviar que había machacado con las patas traseras.

—¡Oh Dios! —se lamentó Carrie, y de pronto reconoció al perro—. ¡Oh, Dios! —repitió al tiempo que la conmoción inicial daba paso a una furia ciega mientras volvía la cabeza para descubrir al dueño que con toda seguridad no andaba demasiado lejos. En ese momento, Ryan Evans apareció entre los árboles a trote lento y con una creciente expresión contrita—. ¡No puedo creerlo! —exclamó Carrie mientras él se acercaba con una correa en una mano y un collar de perro en la otra.

Ryan se detuvo casi sin aliento y le dirigió una mirada compungida.

—Y ya tampoco. Íbamos paseando cuando este estúpido animal tiró de la correa con tanta fuerza que hasta arrancó el collar y luego se escapó.

¡Qué coincidencia! Como si ella no supiera que el único ejercicio que Shamu hacía era enterrar el hocico en el cuenco de la comida.

—¡Quiero que ahora mismo le quites esa bestia de encima! —ordenó, colérica. Pero Ryan ya se acercaba al perro y con mimos y tirones lo sacaba del cuerpo de Nathan.

Carrie estaba tan conmocionada que apenas escuchó las palabras de disculpa de Ryan.

—Estás todo mojado, hombre. Si no quieres agarrar un resfriado será mejor que vayas a casa y te cambies esos pantalones —finalizó.

Con una venenosa mirada, Nathan intentó ponerse en pie. Luego se volvió a Carrie con la rabia pintada en la cara. Tras recoger la manta y

la cesta se alejó pisando fuerte en dirección a su coche.

Pasaron largos y humillantes minutos. Carrie apenas se daba cuenta de que el perro seguía hurgando entre las últimas galletas y trocitos de queso mientras Ry intentaba ponerle el collar.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

Ella siguió con la mirada el coche de Nathan hasta que lo perdió de vista y luego, lentamente, volvió la atención al hombre que le había saboteado el romance y a su cómplice de cuatro patas.

—¿Tengo aspecto de estar bien?

Capítulo Cinco

Ry pensó que su aspecto era el de una mujer al borde de un posible asesinato. Sin embargo, no estaba asustado. Más bien bastante complacido consigo mismo. Aunque debió haber calculado mejor su tiempo.

Ese canalla ya le había puesto las manos encima y su lengua se deslizaba por la garganta de Carrie cuando Ry los descubrió mientras rodeaba el bosque. Entonces fue cuando soltó a Shamu. «Mátalo», ordenó.

Desde luego que Shamu no era capaz de matar a un sapo, por tanto Beldon nunca estuvo en peligro; pero al gran bobo lanudo le encantaban las meriendas campestres, así que Ry pensó que su plan era perfecto. Y de hecho lo fue, si descontaba la expresión de Carrie en ese momento.

Podía hacerse cargo de su rabia, pero no de su tristeza. Y su expresión era una mezcla de ambas emociones.

La satisfacción de la victoria gradualmente dio paso a la culpa. Ry se rascó el mentón con inquietud. Si le ofrecía llevarla de vuelta, seguro que lo mandaría al infierno e iría andando las veinte manzanas que la separaban de su casa. Pero si se despedía de inmediato, tal vez no haría más que aumentar su rabia. Ry optó por lo segundo.

—Bueno, hasta pronto —dijo tirando de Shamu, que jadeaba de adoración con los ojos puestos en Carrie.

—¿Así sin más? Me has arruinado el día y todo lo que se te ocurre decir es: «Hasta pronto» —oyó la voz de Carrie apenas se había alejado unos cinco pasos de allí.

Ry se detuvo y fingió considerar la situación.

—Déjame pensar. Pánico, desorden, caos. Sí, diría que he hecho bien mi trabajo.

El reconocimiento del sabotaje la dejó desconcertada un par de segundos. A él también. No se sentía culpable a causa de Beldon, pero odiaba ver triste a su osita Carrie.

—¿Por qué me haces esto? —se lamentó con las manos empuñadas a los costados, estremecida de odio; las mejillas rojas de frío y de vergüenza los ojos garzos desmesuradamente abiertos y húmedos de lágrimas contenidas.

Oh, Dios. No podía soportar verla llorar.

Ry apretó los labios, luego desvió la mirada desde los ojos de Carrie al suelo mientras movía la cabeza de un lado a otro. Tenía que darle una explicación. Tal vez si fuera capaz de convencerla de que Beldon no era bueno, aunque no lo supiera con certeza, ella cambiaría de opinión.

—Vamos, osita —dijo con suavidad—. Te llevaré a casa y hablaremos.

Con una fiera mirada y sin decir palabra, ella abrió la puerta del acompañante y subió al vehículo.

Cuando Ry terminó de acomodar a Shamu en el asiento trasero y se sentó tras el volante, ella miraba por la ventanilla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vamos; vaquero, limítate a conducir —ordenó, finalmente.

En la orden había una amenaza implícita. Si abría la boca, posiblemente lo único que iba a conseguir sería un par de dientes menos. Cuando era una chiquilla, Ry la había visto en acción con Travis, y para ser tan delicada, tenía un gancho formidable.

Tras aclararse la garganta, puso en marcha el vehículo y optando por la prudencia sobre el coraje, hizo exactamente lo que la dama había pedido. Todo el trayecto mantuvo la boca cerrada.

—Entra de inmediato —ordenó Carrie cuando Ry estacionó frente a su casa.

—Sí, señora —dijo con humildad al tiempo que la seguía hacia la puerta.

Carrie pudo sentir sus ojos en la espalda y esperó que gozara de la vista porque no iba a volver a verla en un buen tiempo.

Tras abrir la puerta, con un gesto de la mano le indicó que la precediera. Él pasó por su lado y luego se quedó de pie en el centro de la sala, con las manos en las caderas. Con sus vaqueros y el sombrero calado sobre las cejas parecía la imagen misma de un cartel publicitario de los tejanos de Wrangler, pensó Carrie con irritación mientras dejaba las llaves en la mesa del vestíbulo maldiciendo su figura tan atractiva, su inteligencia y el éxito de su misión... cualquiera que fuese.

—Y ahora quiero que me escuches, Ryan Evans —dijo enfrentándose a él—. Gracias a tu intromisión he tenido que soportar uno de los momentos más humillantes de mi vida. No, no digas nada —ordenó cuando Ry abrió la boca—. No quiero oír nada porque no habría explicación suficiente en el mundo que justifique tus actos. Así que no más sonrisas de niño bueno, ni actitudes paternalistas conmigo. No más sabotajes a mis citas con Nathan Beldon. Ya soy una mujer hecha y derecha y puedo cuidar de mí misma.

—Bueno, yo...

—¡Calla! Ahora sé que Travis te ha metido en esto, y conozco tu lealtad hacia él; pero quiero que sepas que si no te apartas de mi vida y de mis asuntos, nunca más te volveré a hablar. Y hablo en serio. Ah, y dile a Travis que tampoco es indispensable en mi vida.

—Carrie...

—Estoy hablando yo, todavía no te he dado permiso para que tú lo hagas. Quiero saber si comprendes lo que te digo. Bastará con un simple movimiento de cabeza.

Con un hondo suspiro, Ry se acomodó el sombrero.

—Sí, señora —dijo, ligeramente crispado.

«Que se enoje. Todo ha sido por su culpa», pensó ella.

—Quiero que digas: «Sí, señora, comprendo que no debo interferir en tu vida porque no es asunto mío lo que tú hagas y con quién lo hagas».

Ry le lanzó una mirada furiosa.

—Ya lo he dicho. Nada ha cambiado. Siempre serás asunto mío.

Ella ignoró la oscura insistencia de su voz y se dejó llevar por su propia rabia.

—Prométemelo, Ry. Prométeme que cuando vuelva a ver a Nathan Beldon tú estarás a cientos de kilómetros de distancia. Si es que lo vuelvo a ver, claro está —añadió con una opresión en el pecho.

—Él no es para ti, Carrie.

La joven se quedó con la boca abierta ante la arrogancia de sus palabras. Estaba claro que se permitía saber qué era bueno para ella.

—No eres tú quien debe decidirlo —declaró al tiempo que se llevaba los puños cerrados a la cara—. ¿Por qué no me dejas tranquila? Tú no me deseas, así que... ¿por qué no me dejas en paz? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas al tiempo que dejaba caer las manos.

Oh, Dios. No, no era cierto que había dicho eso... Mortificada, le volvió la espalda.

Oh, Señor, pensó él con el corazón destrozado al ver los delicados hombros hundidos de pesar. ¿Que no la deseaba...? Ry reprimió un quejido. Si ella supiera...

Sólo había que verla. Era hermosa, inteligente, cariñosa y compasiva... y apasionada.

Y en ese momento, Carrie temblaba presa de una mezcla de rabia y vulnerabilidad tan intensa que Ry sintió una dolorosa punzada de deseo.

Con toda suavidad le tomó los hombros y la volvió hacia él al tiempo que sentía que la lujuria se precipitaba desenfrenadamente por sus venas.

¿Qué hombre en su sano juicio no la desearía? ¿Qué hombre de carne y hueso se resistiría a tomarla en sus brazos y borrar con un beso la lágrima que se deslizaba por su mejilla? ¿Qué hombre con algo de testosterona no mataría por sentir el fuego de su pasión?

Bueno, en ese momento él era todos esos hombres... totalmente fuera de control. Y de pronto, no pudo contenerse. Con las manos en los brazos de la joven, lentamente la atrajo hacia su cuerpo sin dejar de notar las emociones que pasaban por su rostro mientras introducía la pierna izquierda entre las de ella y presionaba sus pechos contra su torso.

Los ojos de Carrie brillaban a causa de las lágrimas, del asombro y de una intensa anticipación.

En ese instante, ninguna fuerza del mundo podría haber impedido a Ryan inclinar la cabeza, rozar sus labios con los suyos y luego perderse en su calor.

Es un error, un error, un error. Las palabras martilleaban en la zona de su cerebro que todavía funcionaba. Pero la razón cedió a intensas emociones cuando su lengua le separó los labios y se introdujo en el paraíso.

¡Santo cielo!, era tan dulce… Y tan abiertamente sensual mientras se alzaba de puntillas, le rodeaba el cuello con los brazos y se ceñía a su cuerpo como si hubiera sido una manta y él una cama deshecha. Que el cielo lo asistiera… tenía que parar de inmediato.

Pero no podía, simplemente no podía.

Todo eso era demasiado bueno y la deseaba como nunca lo había hecho con nadie en su vida. «En contra de todo lo que es correcto», pensó al tiempo que ceñía el esbelto cuerpo femenino contra su erección con un gemido que no dejó la menor duda de lo que deseaba y necesitaba para ambos.

Ry no podría haber explicado cómo sucedió, pero lo próximo que supo es que la tenía contra la pared. Los dedos de ella se habían enredado en sus cabellos derribando el sombrero tejano y el beso se mantuvo en un nivel de hondas sensaciones mientras las manos de Ry se deslizaban bajo el jersey y acariciaban la piel desnuda. Sedosa, cálida.

La quería desnuda. Quería sentirse dentro de su cuerpo. Quería su boca sobre sus pechos, la lengua entre los muslos. En segundos, Carrie lo había sacado de su papel de hermano protector convirtiéndolo en un saqueador. Y no había ni un mensaje que su cerebro enviara a su libido lo suficientemente intenso como para traspasar las nieblas de la excitación sexual.

Pero no, no. Eso no podía suceder.

Por fin la sangre volvió a su cerebro y los pensamientos racionales empezaron a fluir nuevamente. Con un gruñido de frustración, Ryan alzó la cabeza, aspiró una gran bocanada de aire… y miró el rostro que acababa de saquear.

Sus labios estaban húmedos, hinchados, hermosos, y los ojos velados de sensualidad mientras parpadeaba lentamente como si también intentara volver en sí y comprender qué había sucedido.

«Una locura», pensó Ryan. Eso era lo que había sucedido. Un cortocircuito en su cerebro que lo había sobrecargado de energía sexual.

Lo único que deseaba era volver a besarla.

—Ry, por favor… haz el amor conmigo —murmuró desesperada, con un suave suspiro.

Sus palabras obraron como una droga y casi, casi cedió a la

tentación.

Pero esa joven era Carrie. Su osita Carrie, la hermana menor de Travis; la hermana que aun era virgen.

La verdad fue como un balde de agua fría arrojada sobre su cabeza.

Muy a su pesar, lenta y deliberadamente se separó de ella, y dio un paso atrás con las manos en los costados.

Maldiciéndose por su falta de control, miró los ojos empañados de la joven mientras intentaba desesperadamente encontrar las palabras adecuadas.

Furioso consigo mismo y un poco también con ella por no apelar a su instinto de protección contra un depredador igual a Beldon, tomó una decisión instantánea.

No. No iba a ser agradable, pero sí efectiva y muy necesaria.

«Hazme el amor».

Apenas lo había pensado y al instante se oyó a sí misma expresando su deseo en voz alta.

Entonces él se había apartado. Y en ese momento la miraba con rabia. Una mirada siniestra.

La pasión que había sentido en su beso se había transformado en ira. Y Carrie no entendía la razón de ese cambio.

—¿Ryan?

—¿Ves lo que sucede por no saber comportarte?

Ella parpadeó, helada hasta los huesos, a pesar de que sólo instantes atrás no había sentido más que calor. Carrie se abrazó a sí misma, con una creciente sensación de vulnerabilidad.

—¿Comportarme?

Ry le lanzó una dura mirada antes de inclinarse a recoger el sombrero.

—Acabo de darte una lección, pequeña. Espero que la hayas aprendido.

—¿Una lección? ¿De... de qué estás ha blando?

—Estoy hablando de lo que sucede cuando una mujer tienta a un hombre hasta sacarlo de sus cabales —declaró al tiempo que se ponía bruscamente el sombrero—. Fui testigo del modo en que permitiste que Beldon te besara en el parque y cómo dejaste que te pusiera las manos encima.

Durante lo que le pareció una eternidad, Carrie se quedó mirándolo fijamente. Abrió la boca. Luego la cerró.

—¿Qué tiene que ver Nathan con lo que acaba de suceder entre nosotros? —preguntó cuando pudo recuperar el habla.

El sacudió la cabeza luego esbozó una sonrisa... la imagen de la tolerancia benevolente.

—Cariño, eso es lo que intento decirte. Entre nosotros no ha sucedido nada sino una breve lección de educación para adultos.

—¿Educación para adultos?

—Exactamente, dulzura. Acabo de enseñarte que si en vez de haber sido yo, que me preocupo por ti, hubiera sido Beldon, a esta hora estarías en una situación comprometedora.

Tras un largo instante, al fin Carrie pudo comprenderlo.

No la había besado porque la deseara. Lo había hecho porque pensaba que necesitaba protegerse de sí misma frente a un hombre, y él tenía que demostrar el error de su comportamiento. La había besado porque pensó que no había sabido guardar la compostura ante Nathan y si él no hubiera intervenido, habría terminado en un una situación comprometedora.

Presa de rabia, Carrie se pasó los dedos por los cabellos. Qué escena más lastimosa. ¿Cómo pudo haber creído que él la había besado sólo porque la deseaba y se hubiera mostrado ardiente corno si estuviera enamorado?

Bueno. Tenía razón en una cosa: había aprendido la lección. Había que confiar en el cerebro y no en el corazón.

Sin embargo, esa humillante experiencia era todo lo que iba a conseguir de ella.

—Vete —dijo al tiempo que iba hacia la puerta y la abría de par en par

—Vamos, osita, no te enojes —empezó con tono condescendiente—. Sabes que ha sido por tu bien.

—Lo sé y te doy infinitas gracias por haberme hecho ver lo que es mejor para mí.

Ry la miró con suspicacia.

—Ese es un... sarcasmo, ¿verdad?

—Me complace observar que todavía te funcionan algunas células grises —declaró con una desagradable sonrisa antes de cerrarle la puerta en las narices.

Ry la oyó echar el cerrojo, oyó su bufido de rabia y luego oyó que se entregaba al llanto. Entonces se apoyó contra la puerta con los puños cerrados y estuvo a punto de implorarle que lo dejara entrar.

Quería abrazarla y decirle la verdad. Que se había vuelto loco por ella. Que no había querido causarle dolor. Que su cerebro apenas funcionaba cuando la besó y que luego había buscado una excusa tan estúpida y poco convincente para encubrir su error.

¿Y qué había de cierto en ese beso? «Quiero la verdad», se dijo con severidad.

Ry se acomodó en el asiento del conductor. La verdad era que apenas sus labios se encontraron, había dejado de pensar en ella como la osita Carrie. Se había convertido en una mujer en sus brazos. Una mujer cuya respuesta le había producido una súbita e intensa

excitación sexual.

¿Qué habría sucedido si le hubiera hecho el amor? ¿Y si no hubiera sido la hermana de Travis, la única razón que le impedía acercarse a ella? Sin embargo, era del todo inútil hacerse esas preguntas.

Ry se alejó lentamente de la casa de Carrie. Maldito Travis por ponerlo en esa situación. Maldito Beldon por intentar seducirla. Y malditas las noches de insomnio que había pasado agonizando ante la posibilidad de que otro fuese el primer hombre que le hiciera el amor.

El estómago se le encogió ante ese pensamiento. Sabía que no podía ser ese hombre. Lo sabía desde hacía años, como tampoco ignoraba que desde siempre Carrie había estado encaprichada de él. Y pensando en ella, siempre había hecho lo imposible para desalentarla. Había creído sinceramente que con el tiempo ella olvidaría su capricho. Sin embargo, acababa de comprobar que no era así.

Tamborileando con los dedos sobre el volante, condujo al Club de Ganaderos con la esperanza de tomarse una copa que de ningún modo podría sustituir lo que realmente deseaba.

Nunca había entendido la atracción de ella hacia él. Siempre había creído que era a causa de sus actividades en el ambiente de los rodeos. Parecía que los jinetes eran la tentación de las mujeres y sólo el Señor sabía cuánto beneficio había sacado de ello a través de los años.

Ryan no se veía a sí mismo como un buen partido. No era lo suficientemente bueno para ella.

Bueno, podía proporcionarle una seguridad económica. Tenía mucho dinero, aunque no lo había ganado por su esfuerzo, así que no podía atribuirlo a un mérito personal. Era una herencia que procedía del petróleo de su abuelo y que su padre había sabido administrar muy bien. Sin embargo, ella no necesitaba su dinero. Gracias a la previsión de Travis nunca tendría necesidades económicas.

Aunque hacía mucho tiempo que había aprendido que el dinero no hace a un hombre... al menos no al tipo de hombre que Carrie necesitaba para ser feliz. Tenía que ser un hombre que quisiera asentarse y formar una familia. Y ése no era él. No estaba hecho para compartir el calor del hogar al final del día.

Bueno, al menos lo pensaba porque, a decir verdad, nunca había mantenido con una mujer una relación lo bastante duradera como para descubrirlo. Y al parecer allí estaba la respuesta. Si siquiera alguna vez hubiese considerado idea, tal vez lo habría intentado. No, no estaba seguro de que se le diera bien la estabilidad de un hogar.

Se sentía bien en soledad desde que sus padres habían abandonado las actividades del rancho Dusty E para ir a vivir a Palm Beach. Le gustaba la ganadería y recorrer el rancho con Shamu trotando junto a su caballo y también le gustaban las misiones esporádicas del Club de Ganaderos de Texas. Le gustaba la vida en soledad, que de vez en

cuando, aliviaba una noche en brazos de una bonita mujer complaciente. Aunque últimamente la única mujer bonita que ocupaba sus pensamientos era aquella que había dejado llorando.

Probablemente la haría llorar mucho más si cedía en sus principios y hacía el amor con ella. Y eso era algo que estaba decidido a evitar. Carrie necesitaba un ancla para crearse un futuro y él todavía flotaba a la deriva.

Ella necesitaba a alguien mejor que una antigua estrella del rodeo que había intentado incorporarse al Cuerpo de Marines pero que no pudo aprobar el examen físico a causa de las múltiples heridas que se había hecho cabalgando potros cerriles en los circuitos durante sus años de estudiante del Instituto.

Necesitaba un tipo que cuidara de ella y la protegiera de problemas como el que iba a tener si quedaba a merced de sus propios recursos. Como Beldon, por ejemplo.

Y también estaba Travis. Su mejor amigo. Si se liaba con Carrie acabaría por perder su amistad, por no mencionar la crisma. Y a él le gustaba mucho mantenerla en su lugar.

Cuando al fin llegó al estacionamiento del Club de Ganaderos, había resuelto sin el menor entusiasmo que ese primer beso tendría que ser el último.

Capítulo Seis

Carrie se miró en el espejo. Tenía la cara hinchada de tanto llorar.

Bueno serían las últimas lágrimas que derramaba por él. Además, y de una vez por todas, había dejado de permitirle que se entrometiera en su vida y en sus planes.

Por lo tanto, ¿qué más daba que su beso le hubiese derretido los huesos y que las piernas le hubieran flaqueado y que se le encogiera el estómago cada vez que pensaba en ello? Todo había sido una mentira y una advertencia para que se alejara de Nathan Beldon. Así que no importaba nada que la caricia le hubiera hecho hervir la sangre.

Ryan no le ofrecía nada más que pesar. Y Nathan no cesaba de demostrarle que podía ofrecerle algo más. Descubrir cuánto más podía ofrecer era una oportunidad que se debía a sí misma, con o sin Ryan Evans.

Tras aplicarse agua fría en los ojos, Carrie reparó su maquillaje y se cepilló el pelo. Luego cambió el jersey azul marino por una elegante blusa de seda roja, recogió las llaves del coche y se dirigió al apartamento de Nathan, al otro extremo de la ciudad. Todavía era temprano. Todavía era San Valentín y no iba a pasar la noche sola. Volvería a disculparse y haría que Nathan la llevara a la cama.

Mientras Roman Birkenfeld se ponía los pantalones, Marci permanecía tendida en el centro de la cama, entre las sábanas en desorden, con una magulladura en la mejilla izquierda.

Birkenfeld no lamentaba lo que había hecho. No le había pedido que fuera a su apartamento. Y no fue culpa suya que la enfermera hubiera estado a mano para desahogar su rabia cuando volvió del parque con los pantalones manchados de caviar, uvas y champán.

Fue culpa de Evans. Nadie tenía derecho a humillar a Roman Birkenfeld. Sintió que le volvía a hervir la sangre al pensar en el modo en que ese estúpido tejano se las había ingeniado para estropear su intento de llegar hasta Natalie Pérez a través de Carrie Whelan.

Había estado a punto de llevarla a su casa cuando aquel inmundo animal peludo lo había atacado.

Presa de la furia, el doctor fue a la sala de estar y marcó un número en el teléfono móvil.

—Quiero que me informes cómo va el asunto de mi dinero. Y que sean buenas noticias —ordenó cuando Jason Carter respondió la llamada.

Temblando de impaciencia, esperó a que Carter, uno de los dos matones que había contratado para seguir la pista de su dinero, pasara la llamada a Tommy Stokes.

—Nada nuevo, jefe —dijo Stokes—. Lo único que sabemos es que uno de esos tipos del Club de Ganaderos que ha estado protegiendo a

Pérez llevó el dinero a ese remilgado club de gente rica, pero no hemos encontrado la manera de entrar allí.

—Pues hacedlo como siempre, entrad a patadas en el maldito local —ladró, al límite de la paciencia—. Seguro que no será tan difícil reducir a unos cuantos vaqueros remilgados, ¿no fue ésa la palabra que utilizaste?

—Dijiste que querías que actuáramos con moderación —se defendió el matón.

—Se acabó la moderación, imbécil. Necesito ese dinero. Y lo necesito para ayer. Así que o lo consigues ya, o no respondo de vuestras miserables vidas —Roman cortó la comunicación antes de que Stokes pudiera replicar y lanzó el móvil contra la pared.

Maldita Natalie Pérez. Todo había empezado a ir cuesta abajo cuando metió la nariz en sus negocios.

Roman se pasó una mano por el pelo mientras intentaba recuperar la calma. Bueno, todavía controlaba la situación. No era culpa suya no haber podido pagar a tiempo sus deudas a los chicos de Atlantic City. Sencillamente había tenido una racha de mala suerte en los casinos. Por eso había empezado a robar niños recién nacidos. Para pagar sus deudas de juego.

—Bueno, no pensemos en eso ahora. Pensemos en términos positivos —dijo en voz alta—. Stokes y Carter van a recuperar el dinero.

El medio millón de dólares era la recompensa de un duro trabajo. Una vez que lo tuviera en su poder, se encargaría de que algunos pagaran sus culpas. Natalie Pérez sería la primera. Sin embargo, Ryan Evans cada vez ganaba más puntos en la lista de culpables.

Roman paseaba de arriba abajo por la sala pensando en la mejor manera de habérselas con él, cuando oyó que llamaban a la puerta. Estaba tan sumido en sus reflexiones que la abrió sin pensarlo.

Y entonces vio la cara ansiosa de Carrie Whelan.

—Nathan. ¿Me... me permites entrar? —preguntó, vacilante. Antes de que pudiera decir una palabra, Carrie pasó junto a él rumbo a la sala —. Lo siento. Lo que Ryan hizo fue una cosa horrible. He venido para decirte... bueno... si todavía quieres pasar la velada conmigo...

Repentinamente, la voz se le apagó mientras sus ojos se abrían desmesuradamente, fijos en un punto detrás del hombro de Nathan.

Sin girarse, el doctor supo lo que miraba. Luego volvió la cara y vio a Marci de pie en el umbral de la puerta, cubierta a medias con su camisa y con una sonrisa de triunfo.

—Vaya, vaya —exclamó la mujer entre risas antes de volver al dormitorio.

Nathan dejó escapar un hondo suspiro y se volvió a Carrie, que

miraba como si hubiera recibido un puñetazo.

—Carrie... puedo explicarlo.

—No hace falta —replicó ella antes de volverse a la puerta.

—Por favor —dijo intentando que su voz sonara adecuadamente desesperada—. Déjame explicártelo. No es lo que piensas.

—Nada es lo que uno piensa —respondió antes de salir apresuradamente del apartamento.

Maldiciendo la mala suerte de haber sido sorprendido en algo que no era más que un pasatiempo sexual, Nathan volvió al dormitorio con los ojos inyectados de ira.

Las manos de Carrie temblaban cuando apretó el botón del mando que abría la puerta del coche.

Con los ojos muy abiertos y a duras penas conteniendo las lágrimas de humillación, salió del estacionamiento y tomó la calle Hanover.

Y de ahí en adelante condujo el vehículo sin rumbo fijo con el deseo de negar lo que acababa de ver... incluso en un momento consideró la posibilidad de volver a casa de Nathan y oír sus explicaciones.

Pero ¿qué había que explicar? Acababa de salir de la cama. Había estado con su enfermera... esa tal Mary... o como se llamase.

De pronto se echó a reír histéricamente.

—¿Es que tengo que ponerme un letrero en la espalda que diga: «Humíllame. Miénteme. Ríete de mí. Me encanta que abusen de mi persona»? —preguntó en voz alta.

En ese mismo instante la risa se convirtió en llanto.

¡Maldición! Otra vez estaba llorando. Como si nunca lo hubiera hecho. Como si no hubiera empezado a llorar desde aquel espantoso día en que sus padres fallecieron.

Ry tenía razón. Nathan la había utilizado.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó en voz alta—. ¿Y con qué propósito?

Sencillamente todo lo que deseaba era a alguien especial, alguien a quien amar. Alguien con quien compartir la vida. Alguien que le diera hijos. Alguien que sustituyera a la familia que había perdido cuando apenas era una niña.

Y lo único que había conseguido era la interferencia de su hermano y últimamente la de Ryan.

Horas más tarde, había dejado atrás las luces de la ciudad y ni siquiera se dio cuenta de que hacía mucho rato que había cruzado sus límites.

Casi era medianoche cuando entró por el camino que conducía a Dusty E, el rancho de los Evans. Y cinco minutos después se detenía frente a la casa.

Era posible que no lo hubiera hecho deliberadamente, pero el

subconsciente la había llevado al lugar donde siempre se había sentido protegida. El hogar.

Sí, había llegado a casa. Carrie fue consciente del hecho cuando apagó el motor y las luces del coche. Sentada en la oscuridad, se dejó llevar por la sensación de que ese lugar la abrigaba como si fuera una cálida manta. Era una niña huérfana cuando la madre de Ry la había llevado a la casa de estuco color canela con su graciosa galería y ventanas arqueadas. Entonces había llegado con el corazón destrozado. Igual que en ese instante.

Y ese lugar, lleno de recuerdos afectuosos, la había llamado como a un soldado herido de vuelta al hogar.

Tras dejar escapar una bocanada de aire, apoyó la cansada cabeza contra el dorso de las manos aferradas al volante y entonces sintió que una arrolladora sensación de tristeza invadía todo su ser.

Justo en ese momento, se encendieron las luces, la puerta se abrió y Shamu salió al porche, olfateando el aire con cautela.

Y Ry apareció detrás del perro. Iba sin camisa, con los pies desnudos y unos tejanos que colgaban precariamente de sus caderas.

El corazón de Carrie dejó de latir un segundo y tuvo que reconocer que no había sido sólo el hogar sino también el propio Ry los que la habían llevado hasta allí.

Era el hombre más apuesto de Texas, pensó desolada, con sus oscuros cabellos revueltos que le caían sobre la frente y los ojos marrones clavados en los suyos con una expresión interrogante mientras se acercaba al coche.

—¿Qué sucede, osita?

Cuando se inclinó hacia ella, Carrie rompió a llorar sin poder evitarlo.

Entonces Ry abrió la puerta del conductor, la sacó en brazos del coche, y ella le enlazó el cuello con los suyos.

—Vamos, vamos —murmuró con dulzura—. No llores, osita. No llores, mi niña. Yo estoy contigo.

El llanto de Carrie lo mataba. No podía soportar verla sufrir de esa manera y probablemente por su culpa. Sabía desde siempre que Carrie pensaba que las lágrimas eran un signo de debilidad. A diferencia de otras mujeres que conocía, nunca había apelado al llanto para manipular a un hombre o salirse con la suya.

Cuando entró en la casa con la joven en brazos, Ry cerró la puerta con el pie y la llevó a la sala de estar.

Tras sentarse en el sofá, la acomodó sobre sus piernas sin dejar de mantenerla abrazada. En ese momento, Ry fue muy consciente del cuerpo femenino en sus brazos, pero sobre todo, de la necesidad que ella tenía de un verdadero amigo. Un amigo... no un hombre cuyo instinto básico fuera consolarla del modo más elemental y placentero.

Tras besarle suavemente la cabeza, Ry le acarició los sedosos cabellos al tiempo que murmura palabras de consuelo.

Carrie tenía los ojos hinchados y rojos cuando finalmente alzó la cabeza e intentó hablar.

—Espera un momento.

En unos segundos, Ry volvió a la sala con un vaso de agua y una caja de pañuelos.

—Me siento tan patética que casi no puedo respirar —por fin balbuceó, hipando.

—¿Y has llegado sola a esa conclusión? ¿O tal vez alguien o algo te ha hecho pensar de ese modo? —preguntó Ry con una sonrisa al tiempo que volvía a sentarse y la acomodaba sobre sus rodillas.

Carrie le rodeó el cuello con los brazos.

—Alguien y algo.

Ry le abrazó las finas caderas y apoyó la barbilla en la cabeza de la joven.

—¿Quieres golpearme y así olvidar lo sucedido de una vez por todas?

—¿Golpearte?

—Por haberme comportado contigo esta tarde como un completo asno.

—Bueno, uno no puede dejar de ser lo que es.

—Siento tanto haberte hecho sufrir de este modo —dijo mientras le frotaba los brazos.

—Oye, no seas tan presumido. No estoy llorando por ti.

Repentinamente, y sin saber cómo, Ry supo que el causante era Beldon.

—¿Qué te hizo? Si ese bastardo te ha puesto un dedo encima en contra de tu voluntad, te prometo que el buen doctor no podrá siquiera respirar sin la ayuda de un especialista sanitario.

Carrie soltó una pequeña risa.

—Relájate, Rambo. A mí no me hizo nada... pero creo que se ensañó con la enfermera que salió de su habitación.

—¿Habitación? ¿Qué hacías en la habitación de Beldon?

—Eso es lo que intento explicarte. Nada. Después de que te marcharas fui a su apartamento con la intención de acostarme con él... pero ahí no había espacio para mí. Parece que hoy Beldon tenía una agenda muy apretada. Por la tarde tenía que seducir a la única virgen de la ciudad, y por la noche llevarse a su enfermera a la cama —comentó. Ry abrió la boca. Luego la cerró para no herir los oídos de una joven, todavía virgen, con su opinión sobre Beldon—. ¿Qué pasa conmigo? —continuó la joven—. ¿Por qué soy incapaz de atraer a un hombre que se enfrente a Travis o que incluso tenga la suficiente fuerza de carácter...?

—Oye, para ahí. Contigo no pasa absolutamente nada.

Carrie dejó escapar una gran bocanada de aire.

—Entonces ¿por qué no puedo encontrar a alguien que me quiera?

Oh, Dios. Ry cerró los ojos y sintió la calidez de una sola lágrima que se deslizaba sobre su pecho desnudo. Y a pesar de su tristeza, como un relámpago cruzó por su mente la imagen de la joven lamiéndola en su piel.

—Qué dices…

—Es… es porque no soy suficientemente bonita…

—Para —exclamó con la voz enronquecida. Y entonces luchó por buscar dentro de sí palabras razonables cuando todas las células de su cuerpo clamaban por demostrarle y hacerle sentir allí mismo cuán hermosa era—. Beldon es un pelmazo, ¿de acuerdo? No permitas que lo que hizo o dejó de hacer te disminuya siquiera un ápice. Si un hombre ama a una mujer, su aspecto no es lo que importa. Lo que importa es su ser. Su mente. Su corazón. El modo en que vive su vida.

Ella se incorporó lentamente y lo miró a los ojos con un leve parpadeo de inseguridad. Y entonces sonrió con tristeza.

—Ya lo tengo. Lo que dices es que reúno todas las condiciones para una cita a ciegas. Verás, te voy a organizar una cita con Carrie. Tiene una gran personalidad. Tal vez es demasiado alta. Demasiado delgada. Sus pechos no son…

—Para ahí… No eres demasiado alta ni demasiado delgada. Eres perfecta. Y tus pechos van más allá de la perfección —dijo atropelladamente sin poder dejar de mirar la blusa y la redondez de los pechos contra la seda roja—. Son un sueño. ¿Tienes idea de cuántas noches he soñado con…? —Ry se detuvo bruscamente.

Entonces, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá con los ojos cerrados.

—¿Tú… tú has soñado con mis pechos? —susurró la joven, casi sin aliento.

Ry la miró fijamente.

—Sí —

Los ojos de Carrie mostraron sorpresa y expectación.

—¿Qué soñaste, Ry? —preguntó en un tono aterciopelado.

Lentamente, Ry negó con la cabeza mientras intentaba luchar contra la fuerza de su libido.

—No es una buena idea, osita.

—¿Qué soñaste? —insistió ella suavemente, con la poderosa intuición femenina de que el hombre empezaba a flaquear rápidamente.

De pronto, él sintió que su voluntad desaparecía y ni siquiera intentó resistirse. Ni siquiera la mirada hambrienta de los ojos de Carrie ni el pensamiento de que cometía un error pudieron hacerlo

razonar. Y entonces, Ry se rindió.

—Soñé que te desabrochabas la blusa frente a mí —murmuró con la voz enronquecida.

Ry percibió la mezcla de vacilación y anhelo que ensombreció los ojos de la joven. Y conteniendo la respiración vio que ella empezaba a desabotonarse con dedos temblorosos.

Tenía que detenerla. Pero su fuerza de voluntad había desaparecido.

Cuando Carrie llegó al último de los botones, su última defensa, alzó la mirada para fijarla en los ojos marrones.

—¿Qué más soñaste, Ry?

La voz de la joven era casi un susurro, aunque su mirada le prometía todo... sólo bastaba con pedirlo.

—Quítatela —susurró con aspereza.

Capítulo Siete

Se había equivocado en tantas cosas últimamente, pensó Carrie acurrucada en el regazo del hombre que había amado durante tanto tiempo. Se había equivocado con Nathan Beldon y sus sentimientos hacia él. Con Beldon nunca experimentó esa anticipación que la dejaba casi sin aliento al mirar los ojos color chocolate de Ry clavados en sus pechos y ardientes de deseo. Con una maravillada sensación de victoria, reconoció que también se había equivocado sobre el efecto que provocaba en él.

Ryan la deseaba. En sus ojos leía la urgente necesidad de hacerla suya.

Y nunca se había sentido tan contenta por haberse equivocado en tantas cosas.

Invadida por una oleada de poder surgida del conocimiento que la alentaba, sus ojos quedaron fijos en el rostro de Ryan mientras se quitaba la blusa lentamente. Bajo la seda roja, gran parte de los pechos se desbordaban sobre las copas de un delicado sujetador de encaje negro.

La mirada de Ryan se desvió de su rostro a sus pechos.

—Ahora el sujetador.

Carrie sintió un escalofrío de anticipación ante la oscura intensidad de la orden que le calentó la sangre, y en ningún momento pensó en negarse. Entonces se desabrochó el sujetador y con repentina timidez lo retiró de su cuerpo. Bajo la ardiente mirada de adoración en los ojos de Ryan sintió que su piel se encendía y que los pezones se excitaban dolorosamente.

«Demasiado rápido», pensó cuando las sensaciones la asaltaron con la velocidad y la fuerza de un rayo. Y demasiado tarde para no hacer nada más que montar sobre el cuerpo masculino cuando él la alzó y la puso a horcajadas sobre sus piernas. Involuntariamente, se aferró a sus hombros con las rodillas clavadas en el asiento del sofá a cada lado de las caderas del hombre, su secreta feminidad contra la poderosa evidencia del deseo de Ryan. Sus pechos desnudos quedaron a la altura de su boca. Y Carrie sintió que todo su cuerpo se encendía.

Las manos de Ry se deslizaron sobre las costillas hasta capturar los pechos y acariciar tan tiernamente los pezones excitados, un ruego escapó de los labios entreabiertos de la joven.

—Por favor —se oyó murmurar cuando él inclinó la cabeza y su boca se posó sobre los pechos.

El primer toque de su lengua la dejó sin aliento y cuando los labios succionaron los pezones no pudo evitar un gemido de placer.

Cuánto había anhelado experimentar la sensación de la boca de un hombre sobre sus pechos. Y en sus fantasías siempre era la boca de Ryan que transformaba la suavidad aterciopelada de los pezones en un

duro diamante. Y siempre habían sido los cabellos oscuros de Ryan los que se enredaban entre sus dedos mientras su boca jugueteaba en sus pechos con un hambre insaciable.

Era tan bueno oír sus roncos gemidos de placer mientras los dedos se clavaban en sus caderas y la atraían más hacia él, con un hambre cada vez más urgente de su cuerpo.

—Me… vuelves… loco —murmuró la boca de Ryan mientras lamía uno de los pechos —. Y sabes a gloria.

Después, todo se volvió maravillosamente borroso en la mente de Carrie. Sólo fue consciente de sensaciones cuando se perdió en él. Sensación de la boca que la acariciaba por todas partes, que subía desde los pechos hasta el cuello, la garganta, el mentón hasta apoderarse dulce y profundamente de su boca. Y mientras tanto, las grandes y ásperas manos se movían suavemente hasta lograr quitarle los pantalones y la braguitas.

—Hermosa —murmuró al tiempo que la acomodaba sobre el sofá y él se tendía a su lado cuan largo era. Los dedos de Ryan acariciaron el monte de Venus despertando ignoradas y vehementes ansias que nunca había sabido que eran parte de ella. Sin poderlo evitar, arqueó las caderas sin saber qué pedía, pero sí de lo que necesitaba.

Y entonces, Carrie supo exactamente lo que pedía cuando los dedos de Ryan acariciaron su secreta intimidad y ambos gimieron de placer.

Ryan la tocaba con tanta reverencia y deseo que su nombre escapó de sus labios con un sollozo.

Nunca había soñado experimentar sensaciones como aquellas, especialmente cuando el hombre penetró en su interior lenta y suavemente. El dolor fue agudo y breve y luego desapareció cuando él llenó aquella cavidad de su cuerpo que había estado tan vacía sin que ella lo percibiera hasta ese momento.

Y en ese instante sorprendente, Carrie supo que lo era todo para él y ese conocimiento casi trascendió el exquisito placer del lento y lujurioso vaivén del cuerpo de Ryan.

Nada en su vida había sido tan apropiado ni tan bueno. Impulsada por un instinto tan natural como la luz de la luna que se derramaba a través de las ventanas, rodeó con las piernas las caderas de Ryan y juntos cabalgaron hacia maravillosos parajes, al amparo de la noche.

En un momento dado, la ardiente urgencia que se apoderó de su ser la llevó a alturas insospechadas. Ryan la había conducido con mano dulce y experta hacia el límite de sensaciones inefables. Sin embargo, cuando el clímax invadió su cuerpo, la encontró totalmente desprevenida. Miles de pequeñas sensaciones placenteras se desbordaron y luego se reunieron con la fuerza de una tormenta en el punto donde sus cuerpos se unían.

—¡Ryan! —exclamó, aferrada a él mientras su mundo explotaba en

un remolino de puro éxtasis que nunca había conocido, que nunca había soñado que podía existir.

Ry había perdido su poder de raciocinio desde el momento en que ella se había quitado el sujetador y sus pechos quedaron expuestos a su mirada en la penumbra de la habitación, sólo iluminada por la luz de la luna. Y cuando ella, aferrada a él, gritó su nombre, supo que nunca había oído un sonido tan puro y erótico en su vida.

Con las largas piernas de Carrie enlazadas en sus caderas, Ry penetró en su interior ayudado por los músculos internos de la joven y luego, unido a ella, se dejó llevar por un ímpetu increíble, como nunca había experimentado en su vida.

Con los dientes apretados, exploró su interior, con inexorable humildad y completamente entregado a la desenfrenada pasión de Carrie. Ella le había ofrecido todo, no había guardado nada para sí y le había regalado el mundo.

Con los ojos cerrados, Ryan saboreó el momento después. Carrie era tan suave, sus cabellos, sus suspiros, sus hermosos pechos, la delicada piel de su vientre, que sin quejarse sostenía el peso de las caderas masculinas, mientras le acariciaba suavemente la espalda con la yemas de los dedos.

Mientras yacían en la oscuridad respirando al unísono, Ry supo que había muchas cosas que debería sentir. La primera de todas era la culpa. Acababa de robar la inocencia de alguien que estimaba... Acababa de traicionar la confianza de su mejor amigo.

Pero el daño estaba hecho.

Ryan la llevó en brazos hasta su cama.

Habría mucho tiempo para culparse a la mañana siguiente. Y esa noche todavía quedaban muchas horas para pasar cada una de ellas proporcionando placer.

Tendida en la cama de Ryan, Carrie sonrió al techo de la habitación. No podía dejar de hacerlo. Finalmente había perdido su virginidad.

La experiencia había sido gloriosa. Y había sido él quien la había hecho tan maravillosa.

Dos veces.

Carrie volvió la cabeza en la almohada. Junto a ella, Ryan dormía boca abajo, las caderas cubiertas con la sábana.

Carrie encogió las piernas al sentir un leve dolor ya familiar; el dolor que había provocado el amor apasionado. Se suponía que debía estar exhausta, pero no era así. Se sentía con renovadas energías y renovado deseo de él. Deseaba experimentar más y más. Aprender todo aquello que a él le complacía, que lo excitaba. Mientras lo contemplaba, Carrie pensó que no había nada en él que no le fascinara. Su piel era tan suave y bronceada... y bajo esa piel había músculos que

se contraían cuando ella desplazaba la mano sobre su cuerpo.

—Te gusta lo que ves, ¿no es cierto?

Carrie descubrió que Ry la miraba con un ojo abierto.

—Ahora me gusta más —dijo al tiempo que bajaba la sábana y empezaba a acariciar los muslos hasta la curva de los glúteos.

—Estás jugando con fuego, pequeña.

—¿De veras? Bueno, al menos hay una buena manguera para apagarlo, ¿no te parece?

De inmediato se llevó las manos a la boca, y sonrojada hasta la raíz de los cabellos, se tendió de espaldas y se tapó la cabeza con la sábana.

La cama se estremeció con risas de Ryan mientras intentaba descubrirle la cara.

—No puedo creer lo que acabo: de decir, me siento avergonzada. No me molestes —dijo mortificada, sin soltar la sábana.

Sobre la sábana, el índice de Ryan empezó a hacer círculos sobre su ombligo.

—Si sales de ahí… te dejaré jugar con la manguera.

Al oír su chillido escandalizado, él prorrumpió en carcajadas. Era contagioso. Carrie reía cuando bajó la sábana dejando los pechos al descubierto.

—Te hace falta un poco más de práctica, ¿no es así? —dijo Ry a! tiempo que la besaba y le cubría una cadera con su poderoso muslo.

—Creo que nunca tendré suficiente práctica —murmuró, abrazándolo.

—Tienes suerte —Ry sonrió sobre su boca—. Soy un instructor muy paciente.

—Sí que tengo suerte —dijo ella dijo ella antes de que él abriera sus labios con la lengua.

Carrie no pudo imaginar algo mejor que los labios de Ryan sobre su boca, sus pechos, su vientre. Y cuando adivinó sus intenciones, abrió los ojos desmesuradamente. Un tanto conmocionada, cerró las piernas con fuerza.

—Déjame —murmuró Ryan suavemente, los labios contra la sedosa piel del interior de los muslos.

Y entonces le enseñó la verdadera magia de su boca. Con suave dedicación la lengua de Ryan exploró la sedosa humedad de su secreto y la introdujo en la maravillosa emoción de verse amada generosamente por un hombre.

Ryan contemplaba embelesado la belleza del arrebol cuando el sol empezaba emerger en el cielo tejano. Vestido con sus vaqueros, camisa de franela y botas, miraba por la ventana de la cocina. Su mente estaba llena de imágenes de Carrie. Sus sentidos estaban llenos de sensaciones de su cuerpo, de los sonidos que emitía al hacer el amor, su desinhibida

naturalidad al descubrir su propia sensualidad.

Todo lo sucedido la noche anterior a Ry le parecía increíble. Todo lo relacionado con ella le parecía maravilloso.

Y todo había sido un error.

Con las mandíbulas apretadas y tras proferir una blasfemia, Ryan se culpó mientras se llamaba estúpido, más que estúpido.

Nunca debió haber iniciado nada con ella; pero una vez hecho, fue incapaz de detenerse a tiempo.

Una chica inexperta, virginal. Cualquiera de esas dos palabras tendría que haber sido suficiente para haber desistido. Pero, en lugar de disuadirlo, con Carrie esas palabras se tornaron increíblemente excitantes. Se había mostrado tan hambrienta por saber… tan decidida a aprender… tan increíblemente reactiva al más ligero toque.

Inexperta, virginal. En esos momentos ya no era nada de eso. Él se lo había quitado.

Automáticamente, llenó una jarrita con café recién hecho y volvió a la ventana a contemplar el amanecer y reflexionar sobre cuáles serían sus próximos pasos.

Minutos más tarde, cuando oyó las pisadas de pies desnudos en la cocina, había tomado una decisión. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Lentamente se volvió, y al verla sintió que el corazón se le hundía.

Ry no supo de dónde había sacado esa camisa azul, gastada después de tantos lavados.

Ahí estaba su alta figura apoyada en el marco de la puerta, con sus largas piernas doradas y recatada sonrisa. Ry sabía lo que quería. Una sonrisa de amantes, brazos abiertos, alentadoras declaraciones, algo así como que la experiencia de la noche pasada había sido maravillosa para él como sin duda parecía que lo había sido para ella.

Ella merecía todo eso y mucho más. Pero todo lo que pudo hacer fue expresar con severidad lo que sentía que era, si no la mejor, la forma correcta de solucionar su error.

—Tendremos que casarnos —dijo con severa brusquedad.

Capítulo Ocho

Cuando dejó la cama de Ryan esa mañana, Carrie se sentía lánguida y complacida en su nuevo estado de mujer con experiencia. Con una sonrisa se desperezó y entonces se dio cuenta de que su ropa estaba en la sala de estar.

Sin embargo era un largo camino a recorrer como Dios la había echado al mundo, incluso tras la noche más increíble de su vida. Aunque no debía sentir timidez... no después de todo lo que habían compartido, de todo lo que habían hecho. Pero Ry podía aparecer en cualquier momento, y aunque conociera su cuerpo más íntimamente que ella misma, sintió que una onda de rubor le calentaba la piel.

Así que sacó del armario la primera camisa que encontró. Mientras se la ponía pensó en su melena en desorden, pero en ese instante lo único que le importaba era verlo antes de que se marchara a sus tareas del día. Necesitaba mirar su rostro, sus ojos, y ver en ellos el mismo amor y anhelo que sentía por él.

Así que cuando entró en la cocina y lo vio de pie junto a la ventana, su corazón brincó como siempre lo había hecho durante años cada vez que lo veía.

Sólo que en ese momento sabía a qué se debía esa emoción. Él era su amante. Y le había hecho vivir sensaciones nunca soñadas anteriormente.

Algo tuvo que haber alertado a Ry de su persona porque sus hombros se tensaron al dejar la jarrita de café en el mostrador. Cuando se volvió, ella sonreía con una mezcla de dulce anticipación y la incertidumbre de la mañana siguiente. Y la incertidumbre aumentó al ver que el apuesto rostro de Ryan era una máscara que ocultaba emociones indescifrables.

Carrie se llevó la mano a los cabellos, repentinamente nerviosa sin saber por qué.

Hasta que él habló.

—Tendremos que casarnos.

La joven miró la boca que durante la noche había sido suave y sensual, en ese momento transformada en una dura línea; aun y con eso, una parte de su cerebro no renunció a oír tiernas palabras de amor.

Pero no era el rostro de un amante el que le devolvía la mirada. Era un rostro que ex presaba una desolada resolución, absoluta mente carente de amor.

—¿Perdón?

Ryan tragó saliva con dificultad, los ojos fijos en algún punto de la pared, más allá de ella.

—Tenemos que casarnos —repitió con ceñuda determinación.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—¿De qué hablas? —inquirió. «Te amo. Quiero casarme contigo. He sido un tonto al haber negado mis sentimientos durante tanto tiempo». «¿Por qué no dices algo como eso?», pensó la joven. Pero él no dijo ninguna de esas palabras. De hecho, no dijo nada Toda la suavidad que Carrie había sentido en su interior, de pronto se endureció. Y la parte optimista de su ser que había pensado en un romance y en un feliz desenlace, cayó derrotada—. ¿Tendremos? ¿Tendremos que casarnos? —repitió.

Y repentinamente se hizo la luz en su mente.

Había creído que Ryan había hecho el amor con ella porque la amaba. Sin embargo, la triste verdad era que práctica mente lo había forzado a hacerlo. Había llorado encima de él. Y para un hombre como Ry, que no podía soportar que nadie sufriera, fue como una abierta invitación para consolarla de la mejor manera que sabía. Y actuó como cualquier hombre hubiera hecho ante una mujer que lloriqueaba. Impotente frente a su dolor, dio rienda suelta a su necesidad física pensando que era la mejor solución. Sí, había disipado su tristeza con sexo.

Pero en ese momento se sentía culpable, con una expresión de mártir.

Tendrían que casarse. No porque la amara, sino porque la había arruinado.

No podía creer en su constante estupidez respecto a ese hombre. No, no volvería a humillarse. Esa vez no habría lágrimas.

—No hace falta hacer nada —declaró con firmeza al tiempo que se precipitaba fuera de la cocina.

Tenía que marcharse de ahí cuanto antes.

Estaba buscando su ropa cuando él entró en la sala de estar.

—Carrie, escúchame.

—Estoy cansada de hacerlo —replicó al tiempo que se subía la cremallera de los tejanos y luego empezaba a ponerse las botas—. No voy a ser tu último sacrificio, Ry —anunció mientras se abotonaba la blusa—. Y no te preocupes. No iré con chismes al hermano mayor. Podrás escapar de él sin daño.

Ry sostuvo la puerta antes de que ella la golpeara tras de sí y le agarró el brazo.

—Carrie...

—Mira —dijo enfrentándose a él—, anoche te puse en una situación difícil. Nunca debí haber venido a tu casa. Pero, acabaste haciéndome un gran favor, ¿de acuerdo? Así que arregla esa cara. Actuaste como un profesional. Ninguna chica habría podido pedir más en su primera vez. Gracias por el revolcón, Ry. Estuviste increíble.

Carrie luchaba para contener las lágrimas cuando él la sacudió aferrándole los brazos.

—¡Para! ¡Para ahí! Las cosas no fueron así y tú lo sabes.

—Bueno, ¿y cómo fueron? —inquirió con la mirada fija en sus ojos—. ¿Quieres casarte conmigo porque me amas? ¿Es eso lo que intentas decir? —añadió. Una pequeña parte de sí misma, esa parte soñadora, estúpida e infantil, todavía esperaba que dijera que la amaba. Pero él no lo hizo. Muy pálido, desvió la mirada. Y a Carrie le dolió en lo más hondo de su ser. De pronto se sintió muy fatigada—. Por amor de Dios… ¿quieres dejarme marchar con el poco de dignidad que me queda?

Apesadumbrado, Ryan exhaló una bocanada de aire.

—No lo entiendes. No utilicé ninguna protección. Podríamos haber concebido un bebé —dijo con suavidad.

Sus palabras fueron como un cuchillo que le hirió el corazón. Así que también se trataba de eso. «Haz lo que sea correcto». El viejo credo del Club de los Incurables Machistas. La culpa le había impulsado a proponerle matrimonio, si eso podría considerarse una proposición…

—Sí, es posible —Carrie alzó la barbilla—. Me encantaría tener un hijo. Pero no criaré un niño con alguien que no me ama. Y ahora déjame marchar, por favor.

Ryan se quedó inmóvil durante un largo instante antes de soltarle los brazos.

Sin esperar más réplicas, Carrie subió a su coche y se marchó.

Además de ser una buena amiga, Stephanie Firth sabía escuchar. Y evidentemente Carrie necesitaba ambas cosas, pensó al verla entrar en la biblioteca al día siguiente por la tarde, poco antes del cierre.

Tras echarle una mirada, Stephanie la llevó a su despacho y le ofreció su propio asiento ante el escritorio.

—¿Qué sucede? —preguntó con suavidad al tiempo que se apoyaba en el borde de la mesa.

Al ver su cálida mirada, Carrie sacó fuera todo su tormento. Y empezó por el principio. Le habló de los sentimientos hacia Ryan que albergaba desde la niñez, de su decisión de entablar una relación seria con Nathan y todo lo que había sucedido posteriormente, incluida la noche que había pasado con Ry. Y la desastrosa mañana siguiente.

—¡Oh, no!. Ryan no puede haber dicho eso —gimió Stephanie.

—No sólo lo dijo, sino que estaba decidido a llevar a cabo su decisión. El pelmazo… Con una cara de mártir, como si yo me pudiera sentir cómoda haciendo el papel de la bola atada a su cuello con una cadena.

—No, cariño… él nunca pensaría así de ti.

—Pero yo sí —replicó Carrie al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué pasa con nosotras, Steph? Creo que no pedimos demasiado. ¿Por qué no tenemos lo que se necesita para atraer a un

buen hombre que nos adore y nos haga sentir como unas diosas sensuales?

—Oye —dijo Stephanie con la intención de levantar el ánimo de su amiga—. Ya no somos «nosotras». Ahora soy la única virgen ya que...

—¿Ya que Ry me ha desflorado? Sí, no te asombres, ésa es la palabra que él utilizaría con su moral tan victoriana.

—¿Estamos hablando del mismo Ryan Evans?

—Sí, ya lo sé. Dada su reputación con las mujeres: es un poco difícil de creer, ¿verdad?

—Tal vez él ha actuado así porque se trata de ti... porque eres alguien especial para él.

—Sí, muy especial —dijo Carrie con un cansado suspiro.

—Así que... —Stephanie bajó la voz mirándola con abierta curiosidad—. Bueno, tú sabes.... el sexo. ¿Cómo fue?

¿Cómo fue? Carrie dejó que los recuerdos la llevaran hasta la noche anterior y sintió que los huesos se le derretían.

—Increíble —admitió y al instante una oleada de deseo se abrió paso entre la rabia y la desilusión.

—¿Sí? —murmuró Steph.

Justo en ese momento la puerta se abrió de par en par. Nathan Beldon entró precipitadamente

—Carrie —dijo con alivio—. Gracias a Dios, por fin te encuentro.

La joven cuadró los hombros

—Creí que no teníamos nada que decirnos, Nathan.

El doctor fijó la vista en Stephanie, que lo miraba con un desdén apenas disimulado.

—¿Te importaría dejarnos solos un momento? —preguntó con su sonrisa más encantadora.—. Sé que esto es imperdonable, pero quiero discutir algo en privado con Carrie.

Stephanie lanzó a la joven una mirada interrogativa.

—Está bien, Steph. Nathan y yo tenemos que liquidar un asunto. No tardaré más que unos minutos.

—Estaré en la habitación de al lado —dijo Stephanie con inquietud en tanto se preguntaba si sería prudente dejarla a solas con Nathan.

—Vamos a intentar que esto sea fácil para ambos, ¿de acuerdo? —dijo Carrie cuando Stephanie a regañadientes cerró la puerta tras de sí —. Me equivoqué contigo. No correspondes a la imagen que me había forjado de ti. Y no tengo nada más que decir —declaró al tiempo que se levantaba del escritorio de Stephanie y se dirigía hacia la puerta.

—No vas a ir a ninguna parte, pequeña zorra.

Ante esas palabras cargadas de rencor, Carrie se quedó helada de asombro, pensando que su imaginación le jugaba una mala pasada. Pero entonces vio el odio que brillaba en sus ojos.

¿Quién era esa persona? Cómo pudo haber pensado que podría ser

alguien especial para ella?

De pronto, se sintió asustada

—Adiós, Nathan.

—He dicho que tú no vas a ninguna parte —dijo al tiempo que le aferraba el brazo cuando intentó pasar por su lado.

«Muy bien», pensó al ver la aguda mezcla de dolor y conmoción en la cara de la joven. Y también vio el miedo en sus ojos. Y le gustó. No había pensado ser duro con ella, al menos no todavía. Había planeado hacerla entrar en razón de una forma más civilizada a fin de volver a ganar su confianza para acceder a Natalie Pérez y finalmente al dinero a través del hermano. Pero su actitud de «Doña Perfecta» fue la gota que colmó el vaso, y perdió la compostura.

—Quítame la mano de encima.

—Pongamos las cosas claras. El que da las órdenes aquí soy yo, no tú —amenazó al tiempo que sacaba del bolsillo de la chaqueta una pistola que le había procurado Jason Carter. La sensación de poder que sintió cuando ella emitió un grito ahogado fue tan excitante como el sexo—. No se te ocurra pedir ayuda o escapar porque si lo haces, prometo que tu amiga y todos los que están cerca de ti no saldrán vivos de ésta. ¿Queda claro? —sentenció al tiempo que le tiraba el brazo con tanta fuerza que Carrie hizo una mueca de dolor.

—Sí —murmuró Carrie, finalmente—. Ni gritar, ni escapar. Está claro.

—Porque sabes quiénes van a pagar las consecuencias si lo haces, ¿no es así?

—Sí, Nathan, lo sé... Pero, no comprendo por qué haces esto.

—No me llamo Nathan. Soy Roman Birkenfeld y lo único que necesitas saber es que si me encuentro en este maldito pueblo y en esta situación es gracias a tu futura cuñada que ha convertido mi vida en una mierda.

—¿Qué tiene Nat...? Espera... ¿Birkenfeld? Pero Roman Birkenfeld es el médico que...

—Sé quién soy —gruñó en tanto luchaba por controlar su creciente histeria—. Todos vosotros sois tan simplones...

Sí un hato de crédulos. Los había engañado a todos como lo había hecho con el propio Beldon haciéndole creer que podía confiar en él. Sí era superior a todos esos patanes. Pero también estaría tan muerto como había dejado a Beldon si no conseguía el dinero cuanto antes.

La llamada telefónica de sus acreedores de Atlantic City, la noche anterior, había sido muy clara respecto a lo que le pasaría si no pagaba en el plazo de veinticuatro horas. El doctor ignoraba cómo habían dado con su paradero. Pero el hecho de que lo hubieran logrado era un claro indicio del peligro en que se encontraba.

Hasta hacía menos de una hora, todavía contaba con que Stokes y

Carter recuperarían el dinero que Natalie se había llevado. Pero Tommy Stokes lo había llamado para informarle de la situación. El doctor llegó a la conclusión que Carter y él habían hecho tal chapuza en su intento de rescatar el dinero guardado en el Club de Ganaderos que en ese momento Carter estaba en la cárcel y Stokes, después de haber mandado al diablo el trabajo encomendado, se había largado de la ciudad con destino desconocido.

Así que Carrie Whelan era su último recurso. El gran hermano llegaría corriendo con el dinero si quería volver a ver a su hermana con vida. Desde luego que tendría que deshacerse de ella sin miramientos, pero Whelan debía saberlo cuando ya fuera demasiado tarde.

—Vamos —dijo al tiempo que metía la pistola en el bolsillo y se colocaba junto a ella de modo que el cañón del arma quedara a la altura de sus costillas—. Sígueme y si alguien pregunta algo, le dirás que hemos decidido ir a tomarnos un café, ¿queda claro? —preguntó. Carrie asintió con un sobresalto—. La vida de tu amiga depende de tu capacidad de convicción —le recordó antes de empujarla hacia la puerta del despacho.

Estaba loco. Carrie llegó a esa conclusión sentada en el suelo en un rincón de un recinto frío, húmedo y vacío a juzgar por la resonancia de los ruidos. Tenía que ser un almacén o un garaje, aunque no estaba segura.

Cuando Birkenfeld la hizo entrar en su coche, de inmediato la maniató, le vendó los ojos y luego puso en marcha el vehículo.

Las preguntas de Carrie no la habían llevado a ninguna parte. El nombre de Natalie era lo único que había sacado en limpio. Natalie y Roman Birkenfeld. Carrie recordó que una vez había oído por casualidad una conversación entre Natalie y Travis. Así fue como se enteró de que Birkenfeld era el médico de Chicago que había intentado robar a la pequeña Autumn. Lo que no comprendía era cómo calzaba ella en todo ese asunto.

Pese a su miedo, Carrie intentó concentrarse. Dedujo que habían viajado unos veinte minutos hasta que finalmente el doctor estacionó frente al almacén, o lo que fuera, y la sacó a rastras del coche. Tras cerrar unas pesadas puertas, Roman la había conducido por un laberinto de pasillos y angostas escaleras. Sí, tenía que ser un almacén y abandonado, Carrie dedujo a causa del frío reinante. Sin embargo, allí había un olor que de algún modo le era familiar, pero no pudo reconocerlo.

—Levántate —ordenó Birkenfeld bruscamente. A duras penas Carrie pudo ponerse en pie—. Vamos a sostener una pequeña charla con tu hermano. Todo lo que tienes que decirle es que estás bien y que debe hacer lo que yo le diga o si no te mataré. ¿Queda claro? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza, el corazón martilleando en su pecho—. ¿Cuál es el número de su teléfono móvil?

—No... no lo sé —Carrie tragó saliva—. Está en la agenda de mi móvil, pero no recuerdo del número —balbuceó. Roman profirió un juramento—. Está en mi bolso. El móvil está en mi bolso —la joven se apresuró a decir.

Luego oyó cómo caían objetos al suelo mientras él rebuscaba en el bolso.

—¿Cómo se accede a tu agenda? —preguntó finalmente, y Carrie dedujo que había encontrado el aparato.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar y finalmente lo hizo.

Luego oyó cómo presionaba los botones y esperó sin decidirse a respirar de alivio o de miedo cuando pareció que el doctor se comunicaba con Travis.

A esa altura, solamente sabía una cosa. Roman Birkenfekl no tenía intención de dejarla con vida. Incluso, aunque Travis fuera a rescatarla, no había ni una sola razón para que Roman le perdonara la vida.

Extrañamente, no estaba tan afligida por sí misma como por Travis y Ry. Ellos se sentirían responsables durante el resto de sus vidas si le sucedía algo.

Y nunca le había dicho a Ryan que lo amaba. Ese pensamiento le hizo decidir que no se iba a encoger como un animal asustado y dejar que Roman la matara sin más.

¡Animal! ¡Claro que sí! Ese era el olor que había sentido al entrar al recinto. Un olor mezclado al del polvo y sustancias antisépticas que al principio no había sido capaz de reconocer. Y en ese momento Carrie supo dónde se encontraba.

Travis iba en su coche a una reunión del Club de Ganaderos cuando sonó su móvil. Al mirar la pequeña pantalla descubrió que era una llamada de Carrie.

—Hola, osita. ¿Qué hay? —saludó alegremente.

—Tengo algo que aprecias mucho, Whelan.

—¿Quién habla? —preguntó con el ramalazo de un inquietante presagio.

—Roman Birkenfeld.

La inquietud se transformó en pánico.

— ¿Qué diablos...?

—Cállate y escúchame. Es cierto lo que te digo. Tengo algo que tú quieres y tú tienes algo que yo quiero. He secuestrado a tu hermana...

—¡Hijo de...!

—Sí, sé que eres un tejano duro, pero ahora el control está en mis manos. Si quieres que te la devuelva con vida, harás exactamente lo que te digo. Y sin preguntas, ¿queda claro?

—Quiero hablar con ella —pidió Travis, consciente del sudor frío que corría por su espalda.

Entonces oyó un grito ahogado que casi le destrozó el corazón.

—Travis... —dijo Carrie con voz temblorosa.

—Carrie. Oh, Dios, osita. ¿Qué te ha hecho?

—Nada. Estoy... estoy bien. Soy... soy dura. Sabes que soy de buena... raza.

El corazón se estrujó en el pecho del hermano al oír esa bravata.

—¿Cómo estás, tesoro?

—Nathan... quiero decir, Roman... me vendó los ojos. Travis... te quiero. Nunca dejes de recordar... Forth Worth...

Birkenfeld le arrebató el teléfono.

—Muy conmovedor; pero ahora vamos a lo nuestro, Whelan. Ya lo sabes... ella morirá si no obedeces mis instrucciones al pie de la letra.

—Si sufre la más leve magulladura...

—!No me vengas con un ultimátum! ¡No estás en condiciones! Otra palabra y no la volverás a ver viva —chilló Birkenfeld. Travis se mordió la lengua y se juró que destrozaría a ese bastardo cuando diera con él. Si es que lo encontraba. Pero hasta ese momento no tenía más alternativa que seguirle el juego—. Así está mejor. Escucha, Whelan, esto es lo que tienes que hacer...

Capítulo Nueve

Aunque alguna vez en su vida Ryan se había sentido desamparado e impotente lidiando peligrosamente con un potro cerril en una pista de rodeo, nunca había experimentado esa sensación con tal angustiosa intensidad como cuando Travis le había llamado a él y a otros dos miembros del Club de Ganaderos implicados en el caso de Natalie.

Roman Birkenfeld, el hombre que todos pensaban que era Nathan Beldon, el hombre que había intentado asesinar a Natalie y robarle a su hija, había secuestrado a Carrie y la mantenía como rehén.

Carrie. La niña que él había visto convertirse en una hermosa mujer. La mujer que había deseado y al mismo tiempo alejado de él. La mujer con la que finalmente había vivido una increíble noche de amor. Posiblemente, la mujer de la que se había enamorado.

—Volvamos al principio otra vez —pidió a Travis en una sala de reuniones privadas situada en la parte trasera del Club. En ese momento compartían la mesa de conferencias con Alex Kent y Darin ibn Shakir.

Darin intercambió con Alex una elocuente mirada que traducía los sombríos pensamientos de los cuatro hombres.

Birkenfeld había secuestrado a Carrie y luego se había comunicado con Travis , pidiendo la devolución del medio millón de dólares, que los hombres habían encontrado en la bolsa de pañales, la noche en que Natalie con su bebé en brazos literalmente se había desplomado ante ellos en el Royal Diner. Birkenfeld exigía el dinero a cambio de la vida de Carrie. En ese momento, Travis esperaba otra llamada de Roman en la que le indicaría cuándo y dónde dejar el dinero.

—El bastardo siente una auténtica predilección por traficar con vidas humanas —comentó Danin en voz alta.

Con el ceño fruncido, Alex se pasó una mano por el mentón.

—Alguien que se dedica al robo y a la venta de recién nacidos no es más que un pervertido.

—Y no tiene la menor intención de dejar a Carrie con vida —apuntó Darin con gravedad, mirando a Travis y a Ryan—. Lo comprendéis, ¿verdad?

«Demasiado bien» pensó Ry al tiempo que se levantaba de la mesa y se ponía a pasear por la sala, fuera de sí de rabia y preocupación.

—Vuelve a repetir lo que dijo —pidió a Travis.

Travis respiró una gran bocanada de aire, cerró los ojos e intentó concentrarse.

—Dijo que él le había vendado los ojos, que no sabía dónde estaba. Dijo... dijo:

«Travis, te quiero» —murmuró, y se detuvo a causa de la emoción que se le anudaba en la garganta—. Y luego dijo algo... algo como... «Recuerda Forth Worth» —añadió, finalmente.

—¿Forth Worth? —inquirió Ryan al tiempo que se inclinaba con las manos sobre la mesa, frente a Travis—. Intentaba decirte alguna cosa. ¿Ese lugar significa algo para ti?

Desconcertado, Travis negó con la cabeza.

—Vacaciones. A veces solíamos ir de vacaciones con nuestros padres a Forth Worth. Pero eso no me dice nada. Está claro que no pudo haberla llevado tan lejos. Cuando hablé con Stephanie dijo que hacía una hora que se habían marchado de la biblioteca.

Ryan reanudó su paseo por la habitación.

—¿Qué hacíais en las vacaciones? —preguntó Alex intentando hallar una pista que ayudara a localizar a Carrie antes de que fuera demasiado tarde.

—La mayor parte del tiempo íbamos a la feria de ganado. Espera... —Travis se paró en seco—. Ahora recuerdo que cuando le pregunté si se encontraba bien, dijo que... era dura... algo así como que provenía de una... buena raza.

—Forth Worth, feria de ganado. De buena raza. Ganado —repitió Ryan meditabundo. De pronto profirió un juramento y se precipitó hacia la puerta—. Nos puso la información en bandeja. Birkenfeld la retiene en ese corral para el ganado que está en las afueras de la ciudad, actualmente abandonado.

Alex se acercó a él y le aferró un brazo. Luego lo soltó al ver la resolución reflejada en los ojos de su amigo.

—Mira, hombre. No puedes ir allá de buenas a primeras, sin estar preparado. Ni siquiera sabes con seguridad si ése es el lugar donde el tipo la mantiene retenida.

—Tampoco me consta que no esté allí —replicó Ryan al tiempo que miraba a Travis por encima del hombro—. Cuando Birkenfeld vuelva a llamar para arreglar lo del intercambio, intenta entretenerlo para ganar tiempo. Si por casualidad te enteras de que está en otro lugar, llámame al móvil. Por el momento deja a Vincent fuera del asunto. No quiero que los coches de la policía de Royal irrumpan por allí con sus escandalosas sirenas y lo asusten de tal manera que se vea empujado a hacer algo verdaderamente estúpido —dijo antes de marcharse precipitadamente.

Los tres hombres intercambiaron miradas de preocupación, pero ninguno intentó detenerlo. Si tenía razón, ésa podría ser la mejor opción para rescatar a Carrie sana y salva. Y si se equivocaba, volverían a estar como al principio y la vida de Carrie ya no valdría un pimiento.

—Voy a avisar a David y a Clint para que se mantengan alertas —dijo Alex al tiempo que echaba mano de su móvil.

Darin puso una mano en el hombro de Travis.

—Ahora nos toca esperar.

—Sí —dijo Travis con la mirada fija en su móvil—. Lo único que

nos queda es esperar.

Carrie estaba sentada en el duro suelo de cemento. Tenía frío. Le dolían las piernas y las posaderas.

Podían haber pasado minutos, horas o incluso días desde la primera llamada de Birkenfeld a su hermano exigiendo el dinero, y luego la segunda para acordar el lugar de la entrega.

La parte de su cerebro que permanecía alerta y concentrada sabía que había pasado menos de una hora desde que el doctor la había llevado a ese lugar. Y menos de quince minutos desde que Birkenfeld había hecho la segunda llamada a Travis. La parte de su personalidad que siempre había sido pragmática también sabía que podían ser los últimos momentos de su vida. Birkenfeld estaba loco. No se hacía la menor ilusión de quedar excluida de la lista de sus víctimas.

Tenía que hacer algo... y pronto. Extrañamente, tal vez a causa de sus ojos vendados, los otros sentidos se habían agudizado. Por ejemplo, podía oír sonidos que en otra ocasión no habría percibido. En ese momento, Birkenfeld hurgaba en su bolso como una ardilla en busca de avellanas. Por el ruido que hacía, evidentemente había encontrado el caramelo que siempre llevaba en el bolso y se lo estaba comiendo.

Y entonces oyó algo más... sólo el leve indicio de un sonido... y de inmediato se puso a hablar para cubrir lo que rogaba que fuesen sigilosas pisadas que se acercaban a la puerta.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo desesperada, en voz muy alta.

—¿Y a mí qué? —replicó Birkenfeld con una risotada—. Dos minutos más y ya no importará para nada lo que tengas que hacer.

—¿Vas a matarme, no es así?

—No es tan difícil llevarse una vida por delante.

Carrie tragó saliva con dificultad y se obligó a mantenerlo hablando.

—¿Ya has matado a alguien?

—Contigo no será tan fácil como lo fue con Nathan Beldon. Dulce Carrie, me temo que no podré administrarte una pequeña inyección para enviarte a las regiones de las que no se regresa jamás. No, va a ser un poco más duro para ti. Desgraciadamente, también lo será para mí.

—Verás, no tiene por qué ser así —repuso Carrie, tragando su terror —. Tenemos dinero. Mucho más que medio millón de dólares. Mi hermano está cargado de millones. Y yo tengo un fondo que hará que tu dinero robado parezca calderilla.

—Yo no robé ese dinero —gritó el doctor, repentinamente furioso —. Me lo gané... desde luego que no legalmente. Y tampoco éticamente; pero encontrar compradores deseosos de adoptar un niño requiere una cierta habilidad y sutileza.

—Repito —replicó Carrie tragando bilis—. Puedes obtener mucho

más por el rescate que te pagará mi hermano si me dejas libre.

Carrie oyó el inconfundible sonido de una bala que entraba en la recámara de la pistola.

—Créeme que lamento un poco lo que voy a hacer —dijo Birkenfeld. Carrie oyó su pesada respiración cuando se acercaba a ella —. Pero el deber, es el...

Un horrible estrépito le cortó el discurso. Un ruido inconfundible de maderas rotas seguido de golpes sordos, como de puñetazos. Luego se produjo un disparo.

Con un grito, Carrie se ovilló en el suelo antes de protegerse la cabeza con las manos sin saber lo que sucedería a continuación. Su única certeza era que Birkenfeld y ella ya no estaban solos.

No supo cuánto duró la lucha que se desarrollaba cerca de ella. Cuando algo le golpeó en el brazo, se apretó más contra sí misma con el corazón martilleándole en el pecho.

Su mundo se redujo a una horrible sensación de miedo cuando un par de fuertes manos la tomaron de los hombros. Y retrocedió bruscamente intentando evitar el contacto.

—Pequeña... todo está bien. Soy Ry. Estás a salvo —dijo mientras le quitaba la venda de los ojos con suavidad.

Al principio la visión fue borrosa debido a la presión de la tela sobre los ojos y las lágrimas de terror, pero ella fue capaz de reconocer finalmente el aroma y la fuerza del hombre que con todo cuidado le ayudaba a ponerse en pie y luego la abrazaba.

—Ry —Carrie le echó los brazos al cuello.

—Sí, pequeña, sí. Todo ha terminado. Ese hijo de puta nunca más volverá a ponerte las manos encima.

Aferrada a él, la joven ocultó la cara empapada en llanto contra el pecho de Ryan. Con el rabillo del ojo vio a Birkenfeld convertido en un desecho humano, ovillado junto a la puerta.

—El... él iba a... dispararme.

Los brazos de Ryan la estrecharon con más fuerza.

—No si yo podía evitarlo —murmuró con voz temblorosa.

Justo entonces se oyó un aullido de sirenas, luego el brusco chirriar de neumáticos contra la grava de la entrada al corral y finalmente el inconfundible sonido de pasos sobre el suelo cemento.

Ry miró por sobre el hombro y vio que Birkenfeld se arrastraba hacia la puerta que pendía de un gozne roto.

—No irás demasiado lejos —gruñó agarrándolo de la camisa. Luego, lo puso en pie violentamente.

En ese segundo, el doctor demostró que no sólo estaba loco, sino que además era estúpido, porque intentó asestarle un golpe. Y eso fue todo lo que hizo falta para que Ryan se pusiera en acción.

Tras doblarle un brazo en la espalda le dio un golpe en el estómago,

y cuando Birkenfeld se dobló en dos con un gemido, le propinó un puñetazo en la mandíbula. Con un quejido, el doctor trastabilló hasta quedar contra la pared y Ryan se abalanzó sobre él.

—Eso fue por tocarla, bastardo demente —exclamó al tiempo que le abofeteaba la cara—. Y esto es por hacerle daño —añadió con un puñetazo en la mandíbula—. Y esto es por asustarla.

En ese instante Travis entró corriendo, lanzó una mirada a Carrie y luego la estrechó entre sus brazos. Alex y Darin le pisaban los talones y tuvieron que encargarse de la deplorable tarea de arrancar a Birkenfeid de las manos de Ryan antes de que le asestara otro go1pe y lo dejara convertido en un guiñapo sanguinolento.

Alex le aferró el brazo izquierdo y Darin el derecho.

—Basta, muchacho —dijo Alex.

—Deja algo de su cuerpo en condiciones para que la policía pueda encarcelado —sugirió Darin.

Los hombres se relajaron un tanto al ver que Ryan pareció reconocer que se le había ido la mano.

—Estoy bien —dijo al tiempo que se liberaba de ellos y luego se frotaba el mentón con unos nudillos hinchados—. Estoy bien.

En ese momento entró el jefe de policía, Vincent, y sus hombres con las armas desenfundadas.

—Me alegro que hayáis venido, amigos —dijo Ryan mirando a Alex.

—Nos pusimos en marcha tan pronto nos avisaste que habías localizado el coche de ese cretino —informó Alex con una sonrisa—. Además… quisimos darte un poco de tiempo para que jugaras al héroe.

—No podréis acusarme de nada —gimoteó Birkenfeid desde el suelo. A través de las magulladuras, ojos hinchados y labios sangrantes lanzó una mirada de odio primero a Ry y luego a Darin—. Os voy a demandar por maltrato de palabra y obra. Quedaré libre en menos de veinticuatro horas y veremos cómo os vais a sentir, héroes de pacotilla.

—No te hagas ilusiones —replicó Alex—. Llévatelo de aquí, Vincent.

—¿Por qué no me dejáis ayudaros? —sugirió Ryan a los dos agentes que habían entrado con el inspector.

—Creo que tu trabajo aquí ha terminado, Ry. Yo haré los honores. Por lo demás, alguien necesita tu atención —observó Alex.

Bruscamente, Darin puso a Birkenfeld en pie y lo empujó hacia los agentes.

—Vamos, cretino, tu fiesta acaba de comenzar.

Ry se volvió a Carrie, que temblaba en brazos de Travis.

Sed de sangre. Nunca había sabido lo que era eso. Hasta el instante en que deseó la sangre de Birkenfeld por lo que había hecho a Carrie.

Cuando se acercaba a ella, Ryan se detuvo al oír la voz del jefe de policía.

—Necesito hablar contigo, Evans.

—Desde luego, ¿qué quiere saber, inspector? —preguntó con los ojos puestos en Carrie.

Vincent sacó un bloc de notas del bolsillo de la chaqueta.

—¿Por qué no empiezas desde el principio, hijo? También tendré que interrogar a Carrie —dijo al ver que Travis se dirigía a la puerta con un brazo sobre los hombros de la joven.

—Mañana —respondieron Travis y Ryan al unísono—. La llevo a casa —informó el hermano al inspector con una mirada tan decidida que el policía asintió a regañadientes.

—Carrie, mañana pasaré por tu casa si te viene bien.

—Sí, estaré bien, inspector —dijo Carrie luchando por reunir el valor que Ryan anhelaba ver en ella desde que la encontró hecha un ovillo en el suelo.

Una larga hora más tarde, Stephanie abrió la puerta del piso de su amiga y dejó entrar a Ryan que se quedó un minuto en el vestíbulo contemplando a Carrie.

La joven estaba sentada en el sofá de la sala enfundada en una bata rosa y con los cabellos húmedos, como si acabara de salir de la ducha. Travis, sentado junto a ella, parecía una torpe gallina con sus polluelos. Para un hombre tan decidido y seguro de sí mismo, parecía apesadumbrado, impotente y dispuesto a arrancar la cabeza del primero que se atreviera a alterar a su pequeña hermana.

Sólo que no era una pequeña, pensó Ry mientras su mirada se deslizaba por las suaves curvas bajo la bata. Era una mujer. Una mujer cuyo cuerpo conocía íntimamente. Una mujer que había tenido que soportar más de lo que cualquier otra hubiera podido resistir.

Ryan observó aliviado que las manos que sostenían la jarrita de chocolate caliente ya no temblaban.

—¿Cómo está? —preguntó mientras Stephanie colgaba su chaqueta en un perchero.

—Es más fuerte de lo que parece —contestó suavemente—. Cuando llegué estaba bajo los efectos de la conmoción, pero ahora ya se encuentra mejor. Mejor que Travis, si quieres que te diga la verdad —añadió con una sonrisa compasiva.

—¿Él te pidió que vinieras?

—Sí, me llamó cuando venía camino a casa.

Ryan le apretó el brazo.

—Eres una buena amiga.

—No lo suficiente, de lo contrario nunca habría permitido que se marchara de la biblioteca con ese canalla.

—No digas eso. No podrías haberlo sabido. Diablos, ninguno de nosotros llegó siquiera a sospecharlo.

Stephanie dejó escapar un hondo suspiro.

—Esa es la parte más espeluznante de todo esto. Nunca se sabe.

Hacía una hora, Ryan había observado cómo Alex, Darin y los agentes escoltaban a un esposado Birkenfeld al coche policial. Luego lo acomodaron en el asiento trasero mientras el doctor gimoteaba y profería amenazas contra todos ellos. Más tarde, Ryan pacientemente se había sometido al interrogatorio del inspector Vincent. Pero todo lo que deseaba era encontrarse junto a la mujer que amaba.

La mujer que amaba. Sí, era cierto, pensó mientras la contemplaba desde el vestíbulo. Estaba furioso consigo mismo por haber tardado tanto tiempo en darse cuenta de que la amaba quizá desde su adolescencia y que casi había tenido que perderla para comprender la verdad. Afortunadamente, no era demasiado tarde para convencerla de que ella también estaba enamorada de él.

Ryan entró en la sala de estar. Carrie alzó la vista al sentir sus pasos.

—Hola, osita —saludó con dulzura al tiempo que se acuclillaba ante ella y le cubría las rodillas con las manos.

La joven le sonrió con dificultad, pero con la valentía que Ryan siempre había visto en ella.

—Hola, Rambo —saludó con un suspiro—. Recuérdame que nunca intente sacarte de tus casillas.

—¿Crees que me puse furioso? —preguntó apretándole los muslos —. No, sólo expresé mi opinión.

Ella miró las manos de Ryan y pasó un dedo sobre los nudillos magullados.

—Gracias —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Ryan volvió la vista hacia Travis, que le devolvió una mirada indescifrable que muy bien hubiera podido significar: «Quita tus zarpas de mi hermana, compañero». Aunque no le importó en absoluto. Mantuvo las manos donde estaban con la mirada fija en los ojos de Carrie.

—Quiero hablar con tu hermana, Travis. Y solos.

—¿Y qué pasa si me niego?

Ryan vio en los ojos de Travis una terca obstinación. Entonces cerró los suyos con un suspiro. Así que habría que dirimir la cuestión por la vía agresiva, pensó al tiempo que se ponía de pie. Travis hizo lo mismo y ambos se enfrentaron con una dura expresión en el rostro.

—Lo que tengo que hablar con Carrie es un asunto que sólo nos concierne a los dos.

—¿Y qué es lo que tienes que decir a mi hermana que yo no pueda oír?

Ryan supo que iba a perder a su amigo.

—De acuerdo. Nunca quise que esto sucediera, pero ha sucedido. Lo he combatido con todas mis fuerzas. Pero perdí la batalla. Amo a tu

hermana, Travis. Estoy enamorado de ella. Por tanto, si quieres armarla aquí mismo, hazlo. Sin embargo, quiero que sepas que no me voy a defender, así que puedes golpearme a tu gusto, si crees que lo merezco. Pero Carrie será mía con o sin tu aprobación.

Y sin más, esperó la respuesta de Travis, preparado para resistir el primer puñetazo.

—Bueno, pedazo de estúpido. Hace años que he esperado que te dieras cuenta de que la amabas, zoquete —dijo Travis finalmente, con una amplia sonrisa.

Ryan parpadeó, mudo de asombro.

—¿Qué dices?

Travis prorrumpió en una carcajada.

—Llévatela. Con mis bendiciones. Es tuya. Y espero que desaparezca de vuestros ojos esa mirada de borregos que se os pone cada vez que os miráis —dijo al tiempo que le ofrecía la diestra.

Tras un segundo de vacilación Ryan la tomó en la suya y ambos se estrecharon las manos con cálida firmeza.

—¿Lo sabías? —preguntó Ry finalmente, con incredulidad.

Tras un bufido, Travis volvió la mirada a Stephanie, que sonreía con los ojos empañados.

—Claro que sí, toda la maldita ciudad lo sabía... excepto vosotros.

Con una sonrisa de oreja a oreja que expresaba su alivio y alegría, Ryan se volvió a Carrie, que en ese momento se levantaba del sofá.

—¿Así que voy a ser tuya? —espetó con rabia.

—Vamos, osita. No es así, yo...

—¿Y tú? —continuó mientras se volvía a su hermano, ignorando a Ry—. ¿Me vas a entregar a él? Me entregas a él y luego os estrecháis la mano como si yo fuera una propiedad que pasa de una manos a otras —dijo con los brazos cruzados sobre el pecho—. Bueno, ambos os podéis ir derechos al infierno. Nadie me regala a nadie. Y no seré posesión de nadie hasta que yo quiera serlo. Marchaos de aquí. Ambos, antes de que decida manifestar mi opinión sobre las actitudes machistas rompiendo un par de floreros sobre vuestras duras cabezas.

—Vaya, vaya... —comentó el hermano, muy divertido.

—Ya has oído a la dama. Quiere que te marches, Travis —interrumpió Ry.

—Quiero que ambos os marchéis —le recordó Carrie.

—Steph, ¿te importaría conducir a Travis hasta la puerta? —pidió Ryan con toda cortesía.

Steph dirigió a Carrie una sonrisa llena de disculpas antes de tomar el brazo del hermano.

—Vamos, Travis. Creo que quieren estar solos. Bueno, al menos uno de ellos.

—Adiós, Steph. Piérdete, Whelan —dijo Ryan guiándolos a la

puerta.

—Apuesto por ti, camarada —se las ingenió Travis para decir antes de que Ryan le cerrara la puerta en las narices y Stephanie le deseara buena suerte.

Luego se quedó con la mirada fija en la puerta mientras organizaba sus pensamientos. Iba a necesitar esa buena suerte.

Capítulo Diez

—He sido secuestrada, me han vendado los ojos y atado de pies y manos. Me han tomado como rehén, me han golpeado y en un momento estuve segura de que iba morir —Carrie entornó los ojos mientras miraba al hombre apoyado en la puerta con la severidad de un ángel acusador—. Comprenderás que ha sido un día muy completo. Y ahora estoy cansada y tal vez un poco loca, lo que me puede convertir en alguien peligroso, Evans. Así que en tu lugar me marcharía cuanto antes con tu machismo a cuestas.

—No puede ser, osita. No te dejaré. No hasta que hayamos hablado.

—Ya has hablado demasiado.

—Tienes razón, pero no he hecho preguntas. Ahora te hago una. ¿Quieres casarte conmigo?

Contra su voluntad, el corazón de Carrie empezó a latir alocadamente en su pecho.

En ese momento no quería amarlo, quería estar furiosa con él por pensar que podía volver a su vida, decirle que la amaba y que eso le daba derecho a posesionarse de ella. Sí, era bueno hacerlo sudar un poco.

—No estoy segura de querer casarme contigo —anunció con los brazos cruzados sobre el pecho—. Incluso aunque estuviera embarazada. Ya te lo dije. No estás obligado a nada.

Ryan se acercó lentamente a ella. Su mirada era oscura, peligrosa y tan ardiente que Carrie sintió que se encendía.

—Estoy obligado por el amor que siento hacia ti. Este amor que es tan fuerte que me devora por dentro y me obliga a pensar cómo voy a arreglar el lío en que he convertido nuestras relaciones —declaró al tiempo que la atraía contra su cuerpo—. Estoy obligado a hacerte comprender que te he amado desde siempre; pero no sabía qué hacer con ese sentimiento que he intentado combatir, ocultar y que me he obligado a considerar como un error.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Carrie mientras el corazón se le esponjaba de amor.

— ¿Cómo es que el amor puede ser un error?

—No puede ser. Pero los cretinos como yo a menudo no vemos la verdad que tenemos ante nuestros ojos. Siempre pensé que te habías encaprichado conmigo, pero que un día encontrarías un tipo que te haría feliz y te olvidarías de mí. Sí, necesitabas un hombre cabal, con los pies puestos en la tierra.

—Sí que eres cretino. Lo que realmente necesito es a ti... siempre te he necesitado a

ti.

Con los ojos cerrados, Ryan respiró aliviado.

—Esta vez intentaré hacerlo bien —dijo al tiempo que hincaba una

rodilla en tierra, le tomaba las manos y se las besaba—. Te amo y siempre te amaré. ¿Quieres convertirme en el hombre más feliz de la tierra haciéndome el honor de casarte conmigo? ¿Quieres acompañarme en la enfermedad y en la salud? ¿Quieres...?

La alegre risa de Carrie le cortó el discurso.

—Oye, mejor será que guardes algo para la ceremonia —dijo.

Ryan alzó la vista y ella podría haber jurado que vio lágrimas en esos maravillosos ojos marrones.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí. Me casaré contigo, Ryan.

Ryan le soltó las manos, le rodeó las caderas con los brazos y apoyó la cara en su vientre.

—Nunca más te haré sufrir. Te quiero demasiado, Carrie.

La joven reprimió un sollozo con los dedos enredados entre los cabellos de Ry.

—Más te vale —dijo más tarde entre risas mientras él se ponía en pie y la besaba—. Porque no voy a permitir que des marcha atrás, Evans. Este es un pacto, ¿lo entiendes?

—No, todavía no lo es. Vamos a sellarlo con algo más que un beso —declaró al tiempo que la llevaba en brazos a la habitación.

Junto a la cama, le quitó la bata rosa y luego contempló su desnudez.

—Eres tan hermosa.

—Hazme sentir viva otra vez —murmuró la joven mientras se tendía en la cama y lo atraía hacia su cuerpo—. Hazme olvidar lo que ha sucedido hoy...

La voz se le quebró y en ese momento Ryan habría hecho cualquier cosa para hacerle olvidar cuán cerca había estado de la muerte. Quería que pensara sólo en él, en ella misma, y en la vida que los esperaba en el futuro.

Con la frenética ayuda de Carrie, muy pronto se encontraron tendidos en la cama, completamente desnudos, piel contra piel, corazón contra corazón.

—Por favor, por favor —imploró Carrie al tiempo que abría las piernas para recibirlo en su interior.

Cuando Ryan la penetró, ella dejó escapar un grito de placer y se aferró a él. Con los brazos, las piernas y la boca, se envolvió en su cuerpo mientras pedía con urgentes susurros que se entregara a ella con todo su ser.

Ryan vaciló un segundo porque temía hacerle daño, pero ella alzó las caderas, enlazó las de Ryan con las piernas y respondió a sus movimientos con todo su cuerpo.

Entonces, para Ryan no hubo nada más que ella. La seda de su piel, el aroma de su deseo, el calor de su cuerpo que lo recibían como el alba

recibe al sol.

Ryan se hundió en su cuerpo y ambos se convirtieron en un solo ser con toda la pasión y la gloria de un auténtico acto de amor.

Más tarde, Carrie reposaba abrazada a él, con una pierna sobre los muslos de Ryan y los brazos alrededor de su cintura. Cuando Ryan pensaba que nada podía ser tan bueno corno sentir la respiración de la joven contra su pecho, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Ry? —oyó la voz de Travis.

—¿Qué hay?

—¿Cómo está Carrie?

—Bien. Formidable —contestó con una sonrisa—. De hecho, ¿qué te parecería una boda doble? —preguntó. Al no oír respuesta, Ry sintió que se le erizaba el vello de la nuca y de un salto se sentó en la cama—. ¿Travis? ¿Qué sucede?

—Birkenfeld ha escapado.

Roman Birkenfeld se hundió en el asiento de la cabina del vehículo fingiendo dormir. De ese modo no tendría que contestar las incesantes preguntas del camionero barrigón y fumador que lo había recogido hacía poco más de una hora.

Además le dolía la boca. El bastardo de Evans casi le había destrozado el labio. Y esos otros dos, uno que llamaban Alex y el otro, un tal Darin, le habían dado un puñetazo cuando lo hicieron entrar en el coche de la policía. Bueno, también habían sellado su suerte. Antes de que todo acabara tendría que verlos muertos.

¿Realmente habían pensado que podrían arrestarlo cuando enviaron a ese agente novato para que lo llevara a la cárcel del condado? Aún no podía creer lo fácil que había sido. Todavía disfrutaba al recordar la mirada del mozalbete cuando se dio cuenta de que la funda de su pistola estaba vacía.

—Muy bien, agente Smith —había dicho desde el asiento trasero del vehículo mientras presionaba el cañón de la pistola contra la oreja izquierda del agente—. Esta es tu arma, hijito. Tan pronto como entres en ese callejón me vas a quitar las esposas si quieres mantener intacta esa cara de niño. Y nada de hacerse el héroe. No quiero matar a un policía; pero no te equivoques. Lo haré sin vacilar si me causas problemas.

Eso había sucedido tres horas atrás. Con una sonrisa, pensó en la suerte que había tenido. En el callejón, había esposado al agente en el asiento trasero del vehículo antes de propinarle un fuerte golpe en la cabeza para silenciarlo durante unas horas.

Luego se había encaminado a una autopista estatal.

Aún le quedaban unas cuantas horas para llegar a Las Vegas. Era

cierto que no había rescatado su dinero, pero podría conseguir mucho más con un poco de suerte en una mesa de juego. Y entonces pagaría sus deudas a los tiburones de Atlantic City y volvería a traficar con recién nacidos en el mercado negro.

Todo lo que necesitaba era una noche de suerte y nada más. Y cuando sus asuntos quedaran resueltos volvería a Texas y haría pagar a esos vaqueros palurdos por lo que le habían hecho.

Arrellanado en el asiento, dedicó un breve pensamiento a Marci. Si sabía lo que era bueno para ella, haría lo que le había ordenado y luego desaparecería. Ya no la necesitaba, y no la había matado porque después de todo había pasado buenos ratos con ella. Pero no vacilaría en hacerlo si se enteraba de que lo había vendido.

—¿Cómo está Smith? —preguntó Ryan al día siguiente cuando se unió a Travis, Alex, David, Darin y Clint en una de las salas de reuniones del Club.

—Sufre una ligera conmoción cerebral, pero se va a recuperar —informó Travis.

—Todavía no comprendo por qué permitieron que un agente inexperto condujera a Birkenfeld a la prisión del condado. ¿Y por qué solo? —comentó Darin.

—El departamento de policía no dispone de suficiente personal y el compañero de Smith llamó esa mañana para avisar que estaba enfermo —apuntó Alex.

—Maldita mala suerte —exclamó David Sorenson, que había participado en la misión de Natalie Pérez desde el principio como el resto de los compañeros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clint Andover.

—Ahora creo que alguien debería mantener una conversación con la enfermera de Birkenfeld. Si podemos encontrarla, claro está. Es posible que sepa algo más que lo que nos contó Jason Carter.

—Ah, sí, el matón que atrapamos cuando intentaba introducirse en el Club. Tenía mucho que contar —observó Alex.

Ryan asintió.

—Sí, le dijo a Vincent que pensaba que Birkenfeld iría a Las Vegas. Parece que el doctor tiene graves problemas de juego, tan malos que, de hecho, tuvo que pedir un préstamo a unos tipos muy peligrosos de Atlantic City que ahora le siguen la pista para que devuelva el dinero. Está amenazado de muerte si no lo hace. Según Carter, Birkenfeld se metió en el mercado negro de recién nacidos para pagar sus deudas.

—Y casi me costó la vida de Natalie y de la niña. Y la de Carrie —murmuró Travis.

—Lo vamos a atrapar Travis. Seguro que lo conseguiremos —dijo Ryan.

—¿Así que piensa que hay posibilidades de encontrarlo? —preguntó Carrie, con la cabeza apoyada en el pecho de Ryan.

Habían hecho el amor durante horas y en ese momento reposaban uno en brazos del otro.

—Lo encontraremos. Alex y Darin se ocuparán del asunto y nos mantendrán informados.

—Alex. ¿No crees que Stephanie y él harían una buena pareja?

—Cariño, creo que estos días la mente de Alex está ocupada en cosas más serias que en buscar pareja.

—Lo sé. Pero creo que sería maravilloso si esos dos salieran juntos.

—No es mucho lo que nosotros podemos opinar, ¿no te parece?

—¿Quieres un hijo, Ry? —preguntó Carrie, cambiando de tema al tiempo que lo besaba.

Ryan guardó silencio un instante.

—Cariño, hace unos cuantos días ni siquiera sabía si deseaba casarme. Pero, está bien. Si entre ambos podemos hacer una nena bonita y pelirroja como tú... bueno... sí, me encantaría tener un hijo.

Ella volvió a besarlo.

—Si nos ponemos en acción de inmediato, él o ella tendrá la misma edad que su primo o prima.

—¿Qué primo?

—El bebé de Natalie y Travis.

—¿Te refieres a Autumn?

—No, me refiero al bebé que esperan para septiembre.

Ryan parpadeó sorprendido.

—¿Natalie está embarazada?

—Sí. ¿No te parece formidable?

—Tu hermano es un hombre de acción.

—¿Y no quieres ponerte en acción tú también?

Ryan se echó a reír.

—Te estás tomando en serio el negocio del sexo.

—Es una forma de resarcirme de todo el tiempo perdido.

Ryan se inclinó hacia la boca de la joven.

—Sí, cometí una tontería al estar tanto tiempo lejos de ti. Te amo, Carrie.

—Lo sé, cariño. Pero no te preocupes. Nunca voy a permitir que lo olvides.

Fin